

SEXO

J. G. Bennet 1984

Colección ORIENTE Y OCCIDENTE

Dirigida por Luis Maggi

Título original: *Sexo // Gurdjieff a very Great Enigma*

Traducción: Alejandra Vassallo

Ilustración de portada: Ian Semmel

Diseño: Bruno d'Aquino

Estate of J. G. Bennet 1984

1990 para todas las ediciones en lengua castellana:

Heptada Ediciones, S. A. San Isidro, 23 Majadahonda (Madrid)

Fotocomposición: Vega, Gral. Perón 22, Madrid

Impresión y encuadernación: Talleres Gráficos Peñalara, Fuenlabrada (Madrid)

ISBN: 84-7892-006-4

Dep. Legal: 10024-1990

Impreso en España /Printed in Spain

PREFACIO

El sexo es una fuerza poderosa en nuestras vidas y poco comprendida en un sentido humano. Sabemos mucho acerca de la química y la fisiología, pero aún se sabe muy poco sobre el impacto del sexo en nuestro ser. Si lo que buscamos es una transformación de nuestra naturaleza —o al menos una salida de la prisión de nuestras personalidades artificiales—, desconocemos casi todo acerca del papel que puede jugar el sexo en ello. El rechazo de la moralidad «anticuada» ha dejado un vacío muy serio. Privados de reglas e inhibiciones, el hombre y la mujer se afanan buscando una satisfacción siempre elusiva en su actividad sexual. El resultado de esto es el desprecio por el acto sexual y una indulgencia sin sentido.

Nuestra vida sexual puede mejorar, pero solo si nos hemos propuesto el objetivo de profundizar en nosotros mismos y de cultivar los aspectos más insondables de nuestro ser. Este movimiento hacia nuestro propio ser es el verdadero trabajo sobre nosotros mismos que enseñó Gurdjieff, y en él se basa la explicación de J. G. Bennett sobre el significado del sexo. Para el hombre dormido, el hombre que no trabaja sobre sí mismo, el acto sexual es la forma natural de expulsar los resultados de la energía sexual que se encuentra dentro de él. No significa nada. Para el hombre que trabaja sobre sí mismo, su acción sexual interior es de gran importancia, y el sexo puede constituir una ayuda o un obstáculo para su progreso.

Hacia el final de su vida, J. G. Bennett fundó la Academia Internacional para la Educación Continua, para aquellos que buscaban métodos prácticos para la autotransformación. Cada año admitía alrededor de 100 hombres y mujeres, jóvenes en su mayoría. Las charlas sobre el sexo, que luego se recopilaron en este libro, fueron sus respuestas a la confusión y el sufrimiento sin sentido que padecían sus estudiantes. El libro está escrito de tal manera que cualquiera que valore en algo su propio ser puede beneficiarse de él. El tema hace inapropiada la generalización de reglas de conducta. El valor práctico no proviene de las reglas, sino del conocimiento intuitivo sobre la naturaleza de la sexualidad en sí.

En esta lúcida exposición, Bennett trata los temas críticos para los hombres y mujeres en todo el mundo, quienes comprenden que hay algo que descubrir y que ni la religión ni la ciencia, tal como las conocemos, nos pueden ayudar.

- ¿Qué efectos tienen el hombre y la mujer sobre el otro a través del sexo?
- ¿Existe alguna conexión entre el sexo y la espiritualidad?
- ¿Existen diferencias esenciales entre el hombre y la mujer, aparte de las corporales?
- ¿Qué pueden hacer un hombre y una mujer uno por el otro?
- ¿Para qué sirve el sexo?
- ¿Sobre qué base se puede regular la actividad sexual?

En realidad hay aún más preguntas que cada uno quisiera hacer, además de estas, pero involucrarían la individualidad del hombre o la mujer en sus circunstancias únicas. El instinto sexual surge desde un lugar muy profundo donde se localizan todos nuestros problemas inherentes. Es nuestra esperanza espiritual que finalmente estos problemas se resuelvan, pero su solución reside en nuestra naturaleza absoluta y su accionar, más allá de los límites de todo lo que conocemos.

Bennett mitiga nuestra perplejidad ante la espontaneidad del sexo y nos permite visualizar un camino para comprender y vivir mejor. Su guía hace posible que hombres y mujeres se aprecien uno al otro más sabiamente y crezcan en compasión mutua, comprendiendo el papel que cada uno debe representar.

A.G.E. Blake

Daglingworth 1980.

INTRODUCCIÓN

En este libro hablaré sobre la actividad del sexo en nosotros sin hacer demasiada referencia al poder del amor. Debemos emplear algún tiempo examinando cómo la energía sexual afecta al funcionamiento de nuestros aparatos corporal y físico, y el papel que juega en la transformación de las energías que constituyen nuestro ser. Veremos cómo el aspecto condicionado y egoísta de nuestra mente distorsiona e interfiere a la acción normal del sexo y también examinaremos esta actividad normal en nosotros. En los animales, la actividad sexual está regulada y fluye hacia el ciclo reproductivo, que es común a todas las formas de vida que se originan de la fusión de dos células, de atracción, cortejo, cópula, fertilización, gestación y nacimiento, todas manifestaciones de la energía sexual. El hombre comparte estas características con los animales, pero en él el sexo juega un papel importante en el ámbito de lo que se denomina su mente o psique. Aquí hablaremos de la transformación y la regulación de las energías psíquicas.

También nos referiremos al sexo y la voluntad. Sin dar ninguna otra explicación en esta etapa, simplemente diré que la naturaleza espiritual del hombre, es decir, su voluntad, se expresa siempre en tres partes. Para que exista un acto completo de cualquier tipo, tres roles diferentes deben cumplirse y unirse. Estos son el rol afirmativo, el receptivo y el reconciliador. El afirmativo y el receptivo están prefigurados en los dos géneros humanos. La inmortalidad humana solo es posible porque puede haber unión de hombre y mujer, lo que constituye una reconciliación verdaderamente independiente.

Para comprender algo, debemos intentar visualizarlo como una totalidad en toda su diversidad. En la vida humana, el sexo es por completo o en parte lo siguiente: una enfermedad y una fuente de ilusión; un medio de reproducción y de perpetuación de la especie; un regulador de nuestras energías psíquicas, o un camino hacia la unión de las voluntades. Todos estos aspectos deben tomarse en cuenta si deseamos comprender cómo funciona el sexo en nuestras vidas y lo que es posible en nuestras comunidades humanas. El capítulo final intenta delinear los requisitos para una vida sexual apropiada, en una sociedad verdaderamente progresista.

J. G. Bennett

La primera aparición de vida en este planeta no fue sexual. Aproximadamente, hace mil millones de años existió una especie de vida que era autorrenovable. El mecanismo de renovación era la mitosis, función mediante la cual la célula primitiva se dividía en dos partes idénticas. Las células involucradas en el proceso eran apenas trozos elementales de protoplasma que contenían cloroplastos capaces de hacer el trabajo de fotosíntesis y renovación. Eran prácticamente amorfas.

En este mundo no había nacimiento ni muerte tal como los conocemos, ya que no existían las células individuales. Todas eran iguales, y tenían un origen común, debido al desarrollo de un proceso común de crecimiento-división-crecimiento.

Este arreglo tan satisfactorio podría haber continuado hasta ahora; pero se requería algo más de la vida en la Tierra que la simple autorrenovación. Había que producir centros de iniciativa independientes —es decir, seres creativos— que fuesen capaces de contrarrestar los efectos del tiempo desde el interior de la existencia misma. La naturaleza desorganizadora o entrópica del tiempo conduce a un estrechamiento de las posibilidades y a la eliminación gradual de la libertad en el mundo. Deben existir seres capaces de actos creadores y —lo que es más— de *autocreación*.

Esta necesidad de individuos independientes ha de contar con el requisito de que deben operar dentro del mundo existente. En otras palabras, por su propia naturaleza deben estar comprometidos a la acción a través de su dependencia del entorno.

Esta tríada de requisitos de independencia, compromiso y autocreación estaba prefigurada en las primeras células con capacidad de reproducción sexual. Fue entonces cuando se precisó de la fusión de dos contribuciones distintivas para crear una totalidad. La vida —aunque no todo lo que vivía— se dividió en sí misma y una nueva fuerza entró en la tierra.

La división de la totalidad en dos produjo dos naturalezas, de tal manera que se requería su unión para la reproducción. Las células de este tipo eran independientes, pero mortales; ellas morirían. En la unión de las dos partes de naturaleza diferente había solo una integridad momentánea; el nuevo resultado estaba sujeto a la muerte, pues también debía ser menos que la totalidad. Este modo de reproducción introdujo en el mundo el desasosiego y el riesgo que se constituyeron en la base de la naturaleza humana. En mi libro 'El universo dramático' he denominado a esta propiedad de la existencia «germinal», refiriéndome a la célula germen que participa de toda reproducción sexual, ya sea en plantas o animales.

La división en dos naturalezas, que se llevó a cabo quizá hace mil millones de años, culmina en la división interna de la naturaleza del hombre. A esta división interna se la puede llamar la división entre su mitad espiritual y su mitad material, y conduce a la insatisfacción y la búsqueda que hace posible su transformación. Cada una de estas naturalezas requiere de la otra, pero algo diferente de ambas debe participar para que se unan. Esta es la energía del amor y se encuentra tanto más allá del ámbito de la actividad creativa del sexo como esa actividad lo está del funcionamiento de las energías involucradas en la autorrenovación.

Entre el despertar del sexo y el surgimiento del hombre verdadero se produjeron todos los desarrollos evolutivos que configuran la organización de las energías de la percepción, el movimiento y el sentimiento que encontramos en los animales. Primero fue la evolución en el nivel de la energía automática, por la cual se construyen los patrones de comportamiento: esta prefigura el desarrollo del sistema nervioso de los vertebrados y el surgimiento de los cerebros del instinto y

del movimiento, esenciales para el despertar de la locomoción independiente. Con la organización de la energía automática aparecieron seres capaces de ir en busca de comida y pareja.

La segunda energía era la de la sensibilidad. Cuando esta se organizó, se hicieron posibles las percepciones sensoriales altamente refinadas y la experiencia del sentir que encontramos en todos los animales, incluido el hombre. La organización de esta energía sensible hizo posible la «experiencia subjetiva». Esta es la energía que nos hace vulnerables a nuestros propios estados, y en el hombre se la puede denominar «la pantalla de la mente», en la que aparece toda su experiencia común. Es la más elevada de las que podemos denominar energías vitales. Por un lado, puede ser atraída hacia las actividades del automatismo, es decir, hacia los hábitos y patrones de comportamiento. Por el otro, puede estar abierta a las influencias que se encuentran más allá de la existencia.

Estas influencias hicieron su primera aparición cuando el hombre se volvió consciente, y la conciencia es la primera de las energías cósmicas, es decir, de las energías meta-existenciales. Cuando el hombre adquirió la energía consciente, adquirió una mente. Esta energía consciente nos permite ver más allá de los confines del momento actual; podemos tener percepciones que no están limitadas por el contenido presente de la energía sensible. Esta energía nos ayuda a librarnos de nuestros estados y reacciones subjetivas.

Creo con firmeza que la energía de la creatividad, que es más elevada que la de la conciencia y funciona más allá de nuestro estado consciente, fue incorporada al hombre por un proceso sexual ². De hecho, es cierto que el hombre accede más fácilmente a la energía creativa a través del poder sexual, verdadera esencia de su naturaleza. Es la energía creativa la que le permite al hombre ejercitar su voluntad, es decir, «hacer» en el sentido que Gurdjieff dió a la palabra.

La actividad de la energía sexual depende, para su funcionamiento, de la separación de los sexos. Es como el magnetismo, que solo puede ocurrir cuando los dos polos del imán están separados. Cuanto más cercanos se encuentren el uno del otro, más potente será la fuerza que los atrae; pero cuando se tocan, la fuerza desaparece.

Con la energía del amor sucede absolutamente lo contrario. La fuerza del amor aumenta con la unión, y solo puede haber amor en la unión y a través de ella. Debemos aclarar bien esto, ya que existe una gran confusión en nuestras mentes entre la fuerza de atracción debida al sexo y la fuerza del amor. Desde el momento en que la creatividad entró a la vía, primero en el despertar del sexo en la Tierra y luego en la naturaleza del hombre en sí, existió sin lugar a dudas una gran actividad que provino de la propia acción creativa del sol; en la llegada del amor hubo una actividad que se extendió mucho más allá de los confines del conjunto del sistema solar.

1 Ver: J. G. Bennett, *The Dramatic Universe*, Claymont Communications, 1985, vol. 11, pp. 304-6, y vol. IV, pp. 145-6.

2 Ver *The Dramatic Universe*, vol. IV, p. 242.

EL ACTO SEXUAL

Es una creencia común que en el hombre —al igual que en los animales— el sexo tiene la función principal de continuar la especie por medio de la reproducción, y que cualquier otro uso del sexo es, de alguna manera, ilegítimo o constituye meramente una búsqueda de placer. Esta visión es totalmente injustificada. El hombre tiene un acceso a la energía creativa del que carecen los animales, y es precisa y esencialmente a través del sexo como se regula en su interior el funcionamiento de esta energía. El acto sexual normal entre un hombre y una mujer —y ninguna otra actividad sexual, con o sin orgasmo— produce ese efecto regulador.

Todos conocemos la acción poderosa que el hombre y la mujer ejercen entre sí; sin embargo, por lo general, no sabemos reconocer que el funcionamiento del sexo, literalmente, «trasciende la mente», aunque puede dominar por completo tanto a esta como al cuerpo. En la psique, los impulsos sexuales pueden superar toda resistencia y remover cualquier otro objeto de atención, y en la sangre nuestra química se subordina obedientemente a las hormonas sexuales.

Las instrucciones y las explicaciones generales sobre el sexo sirven de muy poco, y cualquier intento de regular nuestra actividad sexual de acuerdo a algún código de comportamiento externo es engañoso. La energía que subyace a la actividad sexual es la energía creativa. Esta está más allá de la vida, e incluso, más allá de la conciencia. La naturaleza de la energía creativa —y por ende, del sexo— es espontánea e impredecible.

Es relativamente fácil observar que el sexo es capaz de provocar cambios importantes en el funcionamiento de la mente y del cuerpo; sin embargo, no se comprende fácilmente cómo es posible para nosotros controlar su funcionamiento de forma consciente. Una energía inferior no puede dirigir el funcionamiento de una energía superior.

No obstante, a través de nuestra conciencia podemos hacer algo acerca de las condiciones en las cuales actuará la energía creativa. Cuando pensamos, por ejemplo, es muy importante practicar tanto «aquietar la mente», como mantener una actitud alerta en la que seamos capaces de reconocer el surgimiento de lo que es realmente nuevo y significativo³. Este trabajo consciente no es creativo, pero tiene una influencia profunda en el modo en que la creatividad trabaja en nosotros. A través de esto podemos experimentar, como tantas veces se ha remarcado, cómo el acto creativo se origina en nosotros, pero al mismo tiempo cómo algo nos es dado. No es nuestro «hacer» lo creativo, sino nuestro «no hacer» lo que abre la puerta a la acción creativa.

En el hombre, la energía sexual tiene una función natural muy importante, es decir, una función que hace a su sí-mismo existente. Es capaz tanto de posibilitar la armonía entre los diferentes elementos mentales como de eliminar las energías contaminadas, energías que se han degradado y se han convertido en «venenos» en la psique. El sexo es la forma establecida y normal para llevar a cabo esta eliminación.

En una de sus conferencias, Gurdjieff dijo que el centro sexual es la fuerza reconciliadora, en el «piso inferior» de la psique humana, entre los centros del instinto y del movimiento. El sexo también brinda un efecto regulador y purificador en general; aunque con la sola condición de que se le permita funcionar de manera natural y normal.

A pesar de que el lenguaje del señor Gurdjieff no siempre fue el más delicado, citaré aquí un extracto de una conferencia en París del 8 de abril de 1943, en la que se refería a este tema. Fue la respuesta a la pregunta «¿Por qué la gran mayoría de las asociaciones que interfieren en mi trabajo provienen de asociaciones sexuales?» Su respuesta, en términos generales fue la siguiente: «Esa pregunta es subjetiva, no significa lo mismo para todos. Es una anomalía que tiene su

origen en la masturbación infantil. En el interior de todo hombre se producen tres inmundicias que deben ser eliminadas. La primera es el resultado del alimento diario y se elimina a sí misma en forma natural. Esto debe hacerse diariamente, de lo contrario pueden sobrevenir todo tipo de enfermedades. De la misma manera que se va al baño para eliminar la comida, también es necesario ir al baño para la segunda, que la función sexual rechaza en su interior. Es necesario para la salud y para el equilibrio del cuerpo. Algunas personas necesitan hacerlo todos los días; otras, todas las semanas; otras, todos los meses o cada seis meses. Esto es subjetivo. Para ello deben elegir un baño bueno y limpio; bueno para ustedes. La tercera inmundicia se produce en la cabeza. Es el rechazo del tercer alimento: las impresiones. Estas cosas rechazadas se juntan en el cerebelo. Esto se relaciona con la *piandjoëhary* 4. La medicina no sabe acerca de esto, así como tampoco conoce el papel importante del apéndice en la digestión. Su eliminación se realiza a través del uso correcto de la respiración.»

La relación sexual entre el hombre y la mujer tiene un efecto purificador y normalizador, siempre que no introduzca nuevos problemas. Debemos encontrar los medios para liberarnos de los venenos psíquicos. Podemos padecer estados de depresión, de ansiedad, de gran pesadez y de ira, sin comprender lo que los causa. Estos estados están asociados a las sustancias inútiles que se acumulan e involucionan en nuestro interior, con nuestro segundo alimento o alimento psíquico —es decir, se degradan desde un estado superior a uno inferior—. Originalmente, pueden penetrar en nosotros solo a través de nuestro contacto con otras personas o por las impresiones del mundo espiritual 5 y luego se adueñan de nosotros a causa de la tensión interior y el descuido.

El contacto sexual entre un hombre y una mujer no es un asunto trivial; es una misión muy íntima. Como ustedes sabrán, Gurdjieff distinguió entre la personalidad y la esencia, refiriéndose a la primera como lo que está «injertado» en una persona por el entorno, y a la segunda como lo que pertenece a una persona desde el comienzo, lo que le es propio. Nuestros poderes sexuales y la fuerza de nuestra sexualidad son, hablando correctamente, una parte de la esencia, algo con lo que ya nacemos. Nuestras personalidades, es decir, nuestro repertorio de pensamientos, humores y hábitos físicos jamás pueden tener un papel dominante en el sexo, sino que deben ser secundarias, de lo contrario entran en un ámbito al que no pertenecen. Por ejemplo, cualquier excitación emocional sobre la otra persona —ya sea dolorosa o placentera— tiene una cualidad egoísta, que interfiere con el libre flujo de la creatividad en el acto sexual. Esta excitación erige una barrera artificial entre uno mismo y la otra persona, que el propio sexo está tratando de disolver. De manera similar, cualquier intento de analizar o manipular a través del pensamiento el encuentro sexual solo logra impedir que la energía sexual fluya libremente, y desviándola para «encender una luz inferior». Estas demandas egoístas significan que el sexo se malgasta y se distorsiona; en palabras de Gurdjieff, constituyen una «masturbación».

Permítanme ser lo más claro posible. El verdadero placer del sexo no está ni en la estimulación mental ni en la excitación emocional, sino en la claridad, el poder y la fuerza de la experiencia intensificada en todos los niveles. Por ejemplo, los verdaderos sentimientos, como la alegría, el asombro, la esperanza y el amor, no son ni perturbadores ni excitantes, porque llegan más hondo que el sí-mismo egoísta. Estos sentimientos verdaderos son espontáneos y son dones que solo podemos recibir cuando nos olvidamos de nosotros mismos. Podemos reconocer esto en nuestra propia experiencia; cuando el sexo nos parece particularmente bueno, cuando lo hemos disfrutado en especial, hay una paradoja peculiar de compromiso y alejamiento; como si nos estuviese sucediendo a nosotros y al mismo tiempo estuviese bastante separado de nosotros. La paradoja es genuina, y similar a la que mencionamos anteriormente en relación al pensamiento creativo, ya que es verdad que el sexo nos está sucediendo a nosotros, pero, sin

embargo —y aquí se puede comprender el funcionamiento de la energía creativa—, está ocurriendo fuera de nosotros.

En esta libre fusión de la energía sexual —que casi invariablemente experimenta todo el mundo, aunque solo sea en el momento del orgasmo— se forja un verdadero contacto esencial entre el hombre y la mujer. Este contacto esencial impide que el sexo se convierta en un asunto trivial. Cuando un hombre y una mujer han dormido juntos, hay una relación esencial, aunque no haya una relación de personalidades: queda una huella o un recuerdo en la esencia imposible de impedir, debido a que en el momento del orgasmo se produce un contacto entre los patrones esenciales.

Nuestra esencia tiene poco que ver con el acto de hablar. Es nuestra personalidad la que hace la conversación. La mayoría de nuestras acciones son personalidad. Cuando comemos, es la esencia la que ingiere el alimento y lo digiere. La personalidad no participa demasiado, exceptuando las fantasías que puede tener acerca de lo que puede o no comer. Pero una vez que el alimento entra en la boca, es la esencia la que continúa. Lo mismo ocurre con el sexo; una vez que el hombre y la mujer se juntan, la esencia asume el control. Incluso puede suceder que la personalidad olvide por completo que el hecho sucedió; la esencia no olvida. La diferencia entre el sexo y comer una comida es que la segunda solo involucra una esencia; el sexo compromete a dos. En qué medida son importantes las diversas relaciones esenciales depende de lo que hagamos con nuestras vidas. Si no vamos a desarrollar nuestra esencia de ninguna manera, sino que esta seguirá siendo inmadura, entonces las relaciones numerosas no tienen importancia. Si nuestra esencia va a evolucionar, más temprano o más tarde, deberemos pagar por tener relaciones sexuales numerosas.

Por lo que he estado diciendo, se podría pensar que abstenerse de tener relaciones sexuales podría ayudar, debido al contacto esencial que involucra, y que a través de esa abstinencia se puede lograr algún tipo de beneficio «espiritual». Esta es una noción equivocada y un malentendido de la idea de la «transmutación del sexo». Nuestra sexualidad es parte de nuestra naturaleza; el sexo entre el hombre y la mujer juega un papel esencial en la transformación.

Se da un paso muy importante cuando se es capaz de entrar en relaciones sexuales que no surgen por accidente, sino que se producen porque son apropiadas en esencia. Estas son las relaciones verdaderamente naturales, en las cuales la sexualidad no es dañina. Los impulsos sexuales del hombre y la mujer se pueden reconciliar y armonizar sin necesidad de artificios o tensión.

Esto requiere ser sensibles a lo que es correcto y aprender a alinearnos con los impulsos de la esencia y no con aquellos de la personalidad. Debemos desarrollar una especie de gusto especial, similar al que surge en cuestiones estéticas, libre de condicionamientos e independiente de presiones externas.

En el acto sexual se puede ser verdaderamente uno mismo y esto debería hacernos muy cuidadosos en las cuestiones del sexo. Para cada uno de nosotros existe un patrón esencial de sexo y debemos tener cuidado en el momento en que nos desviamos de ese patrón. Esto no significa que exista un modo inherente de comportamiento sexual que resulte siempre apropiado. Por ejemplo, más de una vez en el curso de nuestro desarrollo sucede que hay una necesidad real de algún cambio en nuestra actividad sexual. Esto es verdad tanto para el hombre como para la mujer, pero es impredecible: algunas veces, la necesidad es mayor; en otras, menor.

Cuando la imaginación o la sugestión intervienen en el sexo, las cosas no funcionan ni para el organismo ni para la psique, erigiéndose un obstáculo al desarrollo de nuestro potencial interior y dañando nuestra vida diaria. Al repasar mi vida, soy muy consciente de que distorsioné el patrón esencial del sexo en mi interior, a través de todo tipo de cosas que había aprendido y escuchado de mi personalidad. Sé el trabajo que me costó liberarme de todo eso.

Para todos nosotros existe un patrón de experiencia sexual que es verdaderamente nuestro, y otro —al cual nos podemos vincular, a sabiendas o no— que se refiere a lo que pensamos nos hará superiores. Todo esto no es más que la personalidad interfiriendo en el sexo

Hay esencias compatibles e incompatibles 6. Creo que es justo decir que si no hubiese ninguna interferencia de la personalidad y, en particular, de la imaginación, deberíamos sentirnos atraídos por las esencias compatibles y no por las incompatibles. En ese momento, el sexo se convierte en algo plenamente compartido, donde el hombre ayuda a la mujer a ser más plenamente mujer, y la mujer ayuda al hombre a ser más plenamente hombre.

Solo a partir de ahí es posible hablar de matrimonio en el verdadero sentido de la palabra. El matrimonio se hace posible cuando hay complementariedad entre el hombre y la mujer. Esto no puede realizarse a través de la personalidad. Es un paso muy importante hacia la liberación del egoísmo y tiene implicaciones extraordinarias para el alma humana.

Pregunta: ¿Es posible que esté mal disfrutar del sexo?

J. G. B.: «Disfrutar del sexo no solo es natural, sino que ocupa un lugar en nuestra transformación. Cuando es correcto no solo hay un beneficio para nosotros, sino para toda la naturaleza. La armonía de la vida en la tierra requiere renovación, y los actos sexuales del hombre juegan un papel importante en ello.»

P.: ¿Cómo se inserta el amor en todo esto?

J. G. B.: «Jamás debemos confundir el sexo con el amor, son cosas muy distintas. Esta cuestión se puede enfocar primeramente a través de la escala de energías. La energía del amor, la energía unitiva está por encima del sexo, la energía creativa. El amor está más allá.»

La mayoría de la gente confunde algunos sentimientos y emociones poderosas en su interior con la presencia del amor. Esto no es más que la energía sexual penetrando en los sentimientos, que, por lo general, no tienen nada que ver con el verdadero poder unitivo del amor. El resultado es el sentimiento o el deseo egoísta.

Es correcto considerar la posibilidad del amor entre nosotros y las plantas y los animales, así como con otros seres humanos de nuestro propio sexo o del opuesto; sin embargo, es precisamente por ello por lo que debemos cuidarnos de otorgar el calificativo de amor, inclusive a la más elevada de las emociones. Gurdjieff enseñó a sus alumnos que no pretendiesen amar a los seres humanos, sino que comenzaran con las plantas y los animales. Con la gente interfiere nuestro egoísmo. Inclusive con la Naturaleza, nuestra Madre, tenderemos a pensar que el amor se origina en nosotros. No obstante, en realidad, es la Naturaleza la que nos ama, porque Ella es pura.

Para que el amor resida en nosotros se debe estar abierto y vacío de uno mismo. Requiere una acción especial, no muy bien comprendida, pues se encuentra mucho más allá del alcance del sí-mismo común. En tanto permanezcamos apegados a nuestra propia valía, el amor no puede entrar.

3 Ver *Creative thinking*, de J. G. Bennett, Coombe Springs Press,

4 Ver pág. xx, donde se explica el término *piandjoëhary*.

5 En *Sufismo*, *alam-i arvah*, ver J. G. Bennett, Deeper Man, Turnstone Books, London. En *Teosofía*, el mundo *astral*. También es el mundo de las energías, que trasciende el mundo de los cuerpos físicos.

6 Esto es ante todo un asunto de «tipo». Gurdjieff dijo que el tipo es una combinación de tríadas en la esencia, algunas se complementan unas a otras, mientras que con otras no sucede lo mismo.

EL SEXO NEGATIVO

La función del pensamiento puede ser la más baja e inútil de las funciones humanas. No es nada más que un fichero semianimado, que provoca reacciones estereotipadas a toda una serie de impresiones, y es incapaz de producir nada nuevo por sí mismo. A la inversa, la facultad intelectual convierte al hombre en el ser con el que Dios cuenta para el cumplimiento de la Finalidad Cósmica. Entre estos dos extremos, la función del pensamiento humano tiene muchas gradaciones diferentes. El poder creativo de afirmación del hombre penetra en él y se expresa a través de la función del pensamiento.

Al observar esto en nuestra función mental podemos comprender la misma estructura en nuestra función sexual. Por un lado, es un proceso fisiológico necesario; por el otro, es el centro del poder creativo en el hombre. Así como la función mental puede prostituirse, esto también puede suceder con la función del sexo. La diferencia está en que hay una energía de mayor intensidad que no se puede evitar, una energía de gran sensación vivificante asociada al sexo común, pues es necesaria para la continuación de la especie.

Gurdjieff dice que el hombre necesita eliminar tres tipos de suciedad. La tercera es el pensamiento asociativo, es decir, aquellos pensamientos egoístas de los que debemos desprendernos de alguna manera. En el caso de la eliminación del segundo tipo de suciedad a través del sexo, debemos comprender que el acto sexual es simplemente un medio por el cual un hombre o una mujer —o ambos— eliminan productos dañinos. Así, no se debe considerar el acto sexual como algo relacionado con el sentimiento, o que tenga alguna cualidad espiritual. Gurdjieff dice, con bastante crudeza, que en el baño se eliminan los productos de desecho del metabolismo del primer alimento, y un hombre busca a una mujer —o viceversa— para eliminar los productos de desecho del metabolismo del segundo alimento. Considerar a la pareja sexual bajo cualquier otro punto de vista sería como creer que la defecación es una actividad espiritual. No lo es. El acto físico de la función sexual entre el hombre y la mujer se vincula, en principio, con la eliminación. Esto no significa que no sea útil o necesario. Es tan útil —debemos mantener la actividad de la función sexual para otros propósitos— como necesaria, ya que si no la utilizamos, el sistema se envenena por la involución 7 de las sustancias sexuales. Sin embargo, debe comprenderse que en realidad no existe ningún sentimiento o emoción conectado a la función sexual, ni tampoco debe relacionarse a esta con la palabra «amor».

Deberíamos ser capaces de comprender que cualquier tipo de interés desmedido por el sexo es dañino. Una de las razones por las cuales necesitamos realizar el acto sexual es que para aquellas personas que no trabajan sobre sí mismas es muy difícil evitar que la energía sexual degenera en fantasía. Cuando se vive en este nivel, hablar de lo sagrado y la espiritualidad del sexo significa lo mismo que hablar del logro de la Razón Objetiva 8, o bien de la realidad del alma, cuando se vive en un mundo de asociaciones y se está repleto de pensamientos e impulsos egoístas. Así como es un sacrilegio hablar de nuestras mentes como si fueran el asiento de la Razón Objetiva, también es un sacrilegio argumentar sobre nuestra función sexual como si fuese el asiento de nuestro poder creativo. La mente del hombre debería ser una función en la que él mismo fuera el instrumento del Creador del mundo. Para eso le ha sido dada una mente. ¡Qué poco sentido guarda esto con las mentes que tenemos!

La energía creativa no puede manifestarse satisfactoriamente si no se encuentra libre para crear. Puede satisfacerse con la procreación y también concentrarse en cualquier otro tipo de actividad creativa. Pero todas las actividades creativas están expuestas a peligros que surgen en parte debido a las limitaciones de nuestra personalidad, y en parte a las limitaciones que nos imponen las situaciones en que nos encontramos. Las distorsiones debidas a la personalidad o a la

insuficiencia de nuestro entorno pueden conducir a la violencia destructiva, a la degeneración o simplemente al desgaste. Si no tiene un desafío que corresponda a su propia fuerza, la energía creativa se compromete inútilmente; veamos las formas en que esto puede ocurrir.

Gurdjieff utilizó el término «masturbación» para referirse a todas las formas en las que podemos desperdiciar la energía sexual. La fantasía sexual es el ejemplo más obvio del desperdicio de esta energía, pero se manifiesta de muchas maneras que no son abiertamente sexuales, y debemos comprender que todos los tipos de fantasía ociosa son masturbación. La gente también desperdicia su energía sexual en todo un espectro de actividades innecesarias: la locuacidad, la hiperactividad y el desasosiego, la curiosidad, la identificación con los objetos y las personas, la perturbación de la función instintiva bajo el aspecto de la codicia o la adicción a los estimulantes. Para todos aquellos que no están comprometidos con el trabajo sobre sí mismos para lograr una transformación, la masturbación funciona como una válvula de seguridad para la energía sexual, que permite gastar esta sin consecuencias destructivas. De hecho, en su gran mayoría estas actividades no representan daño real aun si la persona involucrada tiene una verdadera posibilidad de transformación, al menos en las etapas preliminares.

Encontramos una forma más sutil de masturbación donde la energía sexual compromete la vida emocional. En la gente común, el centro emocional casi no funciona. Hay una descripción vivida de esto en el último capítulo de 'Todo y todas las cosas', en donde se comparan los sentimientos con los caballos que tiran de un carruaje, que es el cuerpo, y se dice que son incomprendidos y maltratados por el cochero, que representa a la mente. Los sentimientos, al no tener la oportunidad de participar en la actividad creativa, buscan diferentes clases de estimulación innecesaria y se involucran en fantasías que se asocian fácilmente al sexo.

«Como una totalidad, el caballo —debido a la negligencia de aquellos que lo rodearon durante sus primeros años, y a su soledad constante- está como encerrado en sí mismo; es decir, su «vida interior» se vuelca hacia dentro, y para las manifestaciones externas no le resta más que inercia.

Al no haber experimentado jamás —en ninguna de las manifestaciones hacia él— ni siquiera el más mínimo amor o amistad, el caballo está listo ahora para rendirse por completo a cualquiera que le haga la menor caricia.» 9

Como ya he señalado, el acto sexual es una operación directa de la energía sexual, que es completa en sí misma y no requiere la estimulación de los sentimientos: nuestra inhabilidad para integrar nuestra función del sentir con el resto de nuestra naturaleza no solo distorsiona nuestra vida emocional, sino que también interfiere con nuestra sexualidad.

La degeneración de la energía sexual ocurre cuando se convierte en alimento para el egoísmo. Les doy una ilustración simple con el conflicto entre los sexos: cuando un hombre o una mujer buscan dominar al otro, hacen que la energía sexual se degenera; deja de ser creativa en un sentido verdadero y solo alimenta el amor a sí mismo. De hecho, en el hombre el ego nunca puede convertirse en dominante a menos que se asocie a la energía sexual.

El deseo de tener éxito solo por nuestro orgullo o vanidad es una fuerza impulsora muy importante en las personas, y debemos abocarnos a aprender a discriminar entre un impulso genuinamente creativo y la necesidad de convertir este en un éxito. Esto se puede observar claramente cuando la gente se propone tareas casi imposibles, como escalar el Monte Everest o dar la vuelta al mundo navegando sin ayuda.

Los que llevan a cabo este tipo de actos poseen una gran reserva de energía sexual, y es obvio que puede haber un elemento creativo en estos logros. Cuando la energía sexual fluye en logros exteriores, puede constituir una inspiración para los otros y afirmar la confianza de que el hombre puede superarse a sí mismo.

Estos son los usos positivos y creativos de la energía. No obstante, cuando examinamos de cerca estas cosas, vemos que muy a menudo no hacen ninguna contribución real al bienestar humano y, de hecho, crean una sensación de superioridad humana —aún en aquellas personas que no están directamente involucradas— que puede llevar a una imitación sin sentido.

Puede haber algo de heroico en la primera conquista del Monte Everest; sin embargo, aquellos que arriesgan sus vidas y las de otros sin más razón que la de ser vistos superando un riesgo, están haciendo un mal uso de la energía sexual.

La energía sexual puede ser destructiva. Es posible pasar del deseo de dominación al impulso de destrucción. Esto se aplica no solo al hombre y la mujer, sino también a nuestras relaciones con el mundo en general: la guerra y el sexo tienen una gran afinidad. En todos los tiempos, el soldado ha sido considerado un símbolo sexual. Esto no es de ninguna manera obvio, lo podemos comprender si vemos cómo degenera el sexo en el impulso de destrucción. En la mitología hindú, Shiva y Shakti —los poderes creativos masculino y femenino— representan estos dos aspectos del sexo: Shiva es el Dios del Sexo, tanto el Dios de la Creación como el Dios de la Destrucción; mientras que Shakti es la Gran Madre, amorosa y compasiva con todas las criaturas, y también Durga, la Diosa vengativa y destructora. La degeneración destructiva del sexo también se puede observar en muchas condiciones patológicas y puede llevar incluso a la autodestrucción.

El desgaste y la degeneración del sexo se debe principalmente al poder de nuestra imaginación. Este poder se asocia con una energía determinada que Gurdjieff denominó *piandjoëhary*, que es la quinta gradación en la evolución del alimento que entra en la boca 10. Surge en nosotros, así como otras gradaciones, como resultado de una fusión entre las energías derivadas del alimento y las energías que ya están presentes en nosotros. Los primeros estadios de la evolución son directos, en el sentido de que se los conoce en términos de la química de la digestión, hasta las concentraciones específicas que se realizan en el hígado, en el cual se renueva nuestra sangre. Lo que sigue después en los estadios de evolución depende de la acción que proviene de la asimilación del aire, siendo el segundo el alimento y su propia evolución. Se llega a un punto en el que se produce una energía de asociaciones y emociones, la *tetartoëhary*, de cuya evolución surge la *piandjoëhary*. Lo que se fusiona con la energía de asociaciones es la energía sexual.

La *piandjoëhary* nos permite ver de forma directa, sin el raciocinio. Es la verdadera sustancia de la visualización, es decir, la creación de imágenes mentales que no son meramente imágenes interiores, sino formas que pueden tener un efecto real en nosotros y en los hechos. En su expresión más elevada, esta energía de la imaginación es la facultad de la visión. A través de ella podemos inspirarnos para trabajar y servir, y experimentar un vínculo positivo y real con el futuro que se avecina. Pero es una espada de doble filo.

«Estas mismas sustancias en el existir... tienen la libre posibilidad de dar resultados no similares, sino "opuestos el uno al otro, en las manifestaciones de las presencias comunes de seres con tres cerebros".

... Por eso, con respecto a estos seres-sustancias, los seres en sí deben estar muy, pero muy alertas, para evitar consecuencias indeseables para su integridad total 11.»

La imaginación debe utilizarse correctamente en la creación consciente de imágenes mentales, no en la indulgencia de fantasías sexuales o de cualquier otra índole. Si hay fantasía, la energía se degrada en excitación emocional, ira y «postura interior» subjetiva y auto-engrandecimiento. El resultado final puede ser una violencia sin sentido.

Una vez que se haya experimentado un contacto de esencias correcto, no es tan difícil comenzar a trabajar para eliminar el egoísmo y la imaginación en el sexo. Sin embargo, no solo se necesita evitar la pasión. Demasiado a menudo, en

particular en los hombres, puede surgir en el sexo una sangre fría que ocurre cuando la facultad del pensamiento invade el funcionamiento del centro sexual. Esto puede conducir a perversiones, severos malos usos del sexo y a una forma de arrogancia particularmente dañina.

Cuando el pensamiento invade el centro emocional para producir una situación de frialdad e indiferencia —o cuando las emociones invaden el centro intelectual dejándonos incapaces de razonar y ser objetivos—, estamos ante un problema serio. De manera similar, cuando el pensamiento invade el centro motriz nos volvemos ineptos y cuando intervienen los sentimientos, perdemos el control de nuestro comportamiento. Pero esto no es nada en comparación con lo que sucede cuando está involucrado el centro sexual. Si la energía sexual invade otros centros, estos se vuelven hiperactivos y pueden conducir a diversas formas de «alucinación». Llegamos a un estado en que creemos que podemos ver el camino a Dios, o a un estado de histeria en el que estamos sujetos por completo a la emoción del momento, o nos volvemos hiperactivos hacia fuera y forzados a inventar todo tipo de actividades absurdas y sin sentido.

Estas situaciones están bastante generalizadas y todos deben tomarlas en serio. Ahora, nos referiremos a la situación particular de las personas que, por la razón que sea, no se sienten atraídas por relaciones heterosexuales, sino por miembros de su propio sexo.

Como ya hemos dicho, el amor puede entrar en cualquier relación, aun en aquella entre un hombre y una planta. Y es evidentemente cierto que puede haber un amor muy puro entre los miembros de un mismo sexo. Por ejemplo, Platón, en Simposio, demuestra una gran comprensión cuando distingue entre las actitudes de Sócrates y Alcibiades hacia el amor por los muchachos: Alcibiades concibe el amor entre los hombres culminando en el acto sexual y espera que Sócrates, que ha declarado su amor por él, lo conciba de la misma manera. Se asombra al darse cuenta de que Sócrates no responde en lo más mínimo a nivel físico, a pesar de que su amor por Alcibiades y la juventud de Atenas no tiene límites.

Con frecuencia me preguntan si el hombre o la mujer homosexual puede lograr la transformación. Para responder a esta pregunta, primero debemos distinguir claramente entre los diferentes estadios de transformación. En el primero, o estadio exotérico, hay comparativamente poca diferencia entre las relaciones «normales» y las homosexuales, aunque pueden surgir dos obstáculos.

El primero es la sensación de culpa que pueden desarrollar los homosexuales en una sociedad que condena estas relaciones como «anormales». Esto, así como toda culpa que tenga que ver con el sexo, es una degeneración de la energía sexual. La atracción entre la gente del mismo sexo no es anormal e incluso el deseo de tener contacto sexual no es anormal, aunque no tienen un valor positivo hacia la autoperfección, como sucede con la relación entre el hombre y la mujer.

Sin embargo, existen otros obstáculos para los homosexuales que provienen de considerarse a sí mismos como «especiales». Con frecuencia son más sensitivos y perceptivos que otras personas, a quienes consideran como vulgares y toscos. Luego, la energía sexual degenera en una especie particular de imaginación alimentada por las dos partes de la relación, y esto puede impedir cualquier proceso real. Entonces, el homosexual que experimenta un verdadero deseo de transformación se enfrenta con la elección de tener que priorizar su vida sexual o el trabajo de transformación.

En el segundo estadio de trabajo, o estadio mesotérico, que comienza a penetrar más profundamente en el sí-mismo común, el homosexual puede incluso tener una cierta ventaja, porque a menudo es capaz de tomar conciencia de su propia insignificancia de manera más completa que la gente «normal». He sido testigo de esto y, por tanto, no tengo ninguna duda de que pueda suceder. Sin embargo,

en el estadio mesotérico de trabajo, la función sexual debe estar subordinada a la transformación de energías que se requieren para la formación de los cuerpos superiores, y el homosexual que no puede refrenar sus impulsos sexuales y, sin embargo, desea trabajar seriamente, debería esperar hasta alcanzar una edad en que la función sexual comience a perder su fuerza, momento en el cual puede sobrevenir un cambio maravilloso y un progreso notable. De hecho, muchos homosexuales son excepcionalmente perceptivos y sensibles hacia las demás personas, incluyendo aquellas del sexo opuesto, y ellos pueden, por tanto, hacer un gran bien, aún cuando su transformación deba esperar.

No obstante, debo enfatizar una vez más que el homosexual que se cree especial o superior a los demás no puede ni siquiera entrar al estadio mesotérico de trabajo. Aquí es igualmente necesario dejar a un lado cualquier sentido de culpa o de inferioridad. Yo fui testigo de la manera en que Gurdjieff se manejaba con los homosexuales. Le era muy difícil infundirles confianza para trabajar sobre sí mismos y jamás les permitió sentirse especiales.

Esta es quizá la problemática central y la base práctica del funcionamiento correcto del sexo en todos nosotros: jamás debe haber ningún sentimiento de sentirnos especiales, o de que el acto sexual ocurre gracias a que tenemos algún poder o cualidad especial; o que es lo que es. El sexo es un acto cósmico en el que nosotros participamos. Nosotros no lo originamos y todo lo que podemos «hacer» en términos de nuestras propias facultades es intervenir. Más importante aún, el sentirse especial o diferente nos separa de las otras personas y entonces no tenemos el beneficio de la experiencia sexual; se convierte simplemente en alimento del ego, un desgaste y una enfermedad. Es por eso que para mucha gente el sexo no conduce a la unidad, sino a una separación mayor. El milagro reside en que mientras la mayoría de nosotros hacemos lo posible por malograrnos a través del sexo, estamos de alguna manera protegidos, y es muy raro que la gente se pierda sin remedio por su indulgencia.

Pregunta: ¿La satisfacción sexual es importante para nosotros, no es cierto?

J. G. B.: «En Beelzebub han escuchado muchas veces decir que la actividad sexual se ha convertido en el vicio principal del hombre; que, de hecho, el hombre busca el sexo como medio para obtener placer. ¿Se lo toman en serio o no? Gurdjieff habla de masturbación mutua entre el hombre y la mujer. ¿Consideran que el tipo de actividad sexual en el que solo hay una excitación mutua es masturbación, o lo consideran como algo normal, compatible con el trabajo sobre uno mismo? Sería totalmente absurdo que yo les dijera: No deben tener asociaciones de tipo negativo y crítico hacia la gente, porque conozco la fuerza del polo negativo de la naturaleza humana; de la misma manera, no les indico: deben tener pureza en sus pensamientos y sentimientos sobre el sexo. Les digo: ¿llaman pureza sexual a algo que no es en absoluto puro? ¿Consideran que la unión física entre el hombre y la mujer es una función elevada vinculada al amor cuando no es nada más que masturbación mutua? Por supuesto, entienden que por "masturbación" quiero decir todo lo que hacen las personas para excitar la actividad sexual en sí mismas o en los demás. Somos una especie de ser-a-medias, incompleto, pero esto no significa que porque nos necesitamos, la ayuda que el hombre debe dar a una mujer y una mujer debe dar a un hombre se pueda dar hasta que hayan aprendido a impedir que las energías se cancelen y se destruyan entre sí. Si no hay una tercera fuerza, entonces debe degenerarse. Esto se puede comprobar en las relaciones entre hombres y mujeres.»

P.: ¿Cómo puede saber una persona que la relación entre un hombre y una mujer es mala para ellos?

J. G. B.: «Por lo general, si el interés que se tiene en la otra persona comienza de hecho a invadir el compromiso con el trabajo. Pregúntense, ¿cuán libre es la atención y el interés que existe en mi relación con otra persona; la relación es desechable o me está quitando el propósito de mi vida aquí? La pregunta está

bien hecha y solo deseo llamarles la atención sobre algo. Con algunas personas es obviamente absurdo, ya que siempre están queriendo tocarse uno al otro, incluso en público. Debemos darnos cuenta de qué es lo que pasa con nuestra energía al hacer esto. ¿Cómo se puede tener la energía para trabajar si está abocada por completo a este tipo de cosas?»

P.: ¿Cómo se puede saber la diferencia entre lo que usted llama masturbación mutua y el sexo para librarse de la suciedad?

J. G. B.: «La eliminación es instintiva. El acto sexual para este propósito necesario está gobernado por el centro instintivo y no precisa ser estimulado; es un funcionamiento espontáneo del organismo. Las personas, cuando tienen una necesidad instintiva deben darse cuenta, más o menos naturalmente, de lo que necesitan, y que si no realizan el acto sexual, sus energías se convierten en fantasías, o algo similar. No son capaces de controlar su atención, que se deja atraer involuntariamente por el sexo. En este caso, resulta claro que es necesario eliminar esto de una manera u otra. El sexo es algo muy poderoso: primero, es una acción poderosa que no nos es fácil controlar, y segundo, se han formado hábitos. De hecho, es más fácil controlar nuestra función sexual que controlar nuestra mente, ya que en la mente está la verdadera raíz de nuestro propio principio del mal, pero aún así es muy difícil.»

P.: ¿Cómo podemos reconocer si la energía sexual es comprometida?

J. G. B.: «Se puede saber que es comprometida por el color de nuestras experiencias. Produce una especie de excitación y perturbación de nuestras emociones y pensamientos, no necesariamente en la forma de fantasías eróticas. Puede ser más sutil. Los estados de excitación e irritabilidad en el centro emocional con frecuencia se deben a la involución de la energía sexual, demostrando que comienza a ser utilizada por el centro emocional. Me temo que con frecuencia, la gente describe aquí experiencias que ellos atribuyen al trabajo, o a los ejercicios, pero que son en realidad experiencias de involución de la energía sexual —pero yo no se los voy a decir porque no deseo desanimar a la gente—. Este trabajo es tan difícil que no hay derecho a desalentar a nadie.»

7 Aquí «involución» se refiere a la degradación en calidad. Una energía de una determinada calidad puede involucionar en energías de una cualidad inferior, pero de mayor cantidad.

8 «Razón Objetiva» es un término utilizado por Gurdjieff. Lo describe como «... no es otra cosa, por así decirlo, que la representante-de-la-propia-Esencia-de-la-Divinidad». *All and Everytling, Beelzebub's Tales to his Grandson*, Routledge and Kegan Paul, London, 1950, p. 815.

9 Gurdjieff, op. cit., pp. 1192-1201.

10 Ver, G. I. Gurdjieff op. cit., pp. 761, 781-91.

11 Gurdjieff, op. cit., p. 791.

PROCREACIÓN Y PATERNIDAD

Existe una fuerza entre el hombre y la mujer, algunas veces de atracción, otras de repulsión. El mero hecho de estar juntos convoca una fuerza que no es una relación en sí misma, aunque el hombre y la mujer se atraigan mutuamente para encontrarse. Debe intervenir algo más; esto puede ser el acto sexual, aunque sea real solo en el momento.

En esta relación podemos observar un ejemplo del dinamismo presente cuando tres elementos se juntan en una acción. Todas las relaciones verdaderas se reducen a la combinación de tres elementos independientes que representan entre sí la influencia afirmativa, la negativa o receptiva y la reconciliadora. Así, nos referimos a la acción como triádica, porque una relación necesita estos tres elementos si va a formar parte de la experiencia.

El acto sexual, que es una unión genuina, pero momentánea cuando es apropiada en esencia, transmite la tercera fuerza, la reconciliadora. Es común considerar que el acto sexual reconcilia la fuerza afirmativa del hombre y la fuerza receptiva de la mujer; sin embargo, esto es una visión parcial. Desde una perspectiva objetiva, tanto el hombre como la mujer son receptivos y la afirmación proviene de la fuerza creativa que busca penetrar en la Naturaleza.

El hombre y la mujer son capaces de representar sus respectivos papeles afirmativo y receptivo solo cuando hay una creación genuina entre ellos. La relación arquetípica es la de la concepción y gestación de un niño, aunque la verdadera relación de hombres y mujeres no acaba allí. El niño es el portador o transmisor de la tercera fuerza, la reconciliadora.

En cualquier relación, la tercera fuerza tiene la característica de ser capaz de unificar las naturalezas dispares de la afirmación y la receptividad. No es un medio para conectar las dos. Es aquello en lo que pueden fusionarse en uno, en una creación nueva.

A pesar de que es común considerar a la «reconciliación» como la resultante del encuentro de lo «activo» y lo «pasivo», esto no es exactamente así. La tercera fuerza es independiente y libre, y por esa razón, por lo general, es imperceptible o irreconocible. Si observamos cuidadosamente la concepción de un niño, es obvio que los padres no «hacen» al niño, sino que permiten que este entre a la existencia. Hay un encuentro de los tres actos en uno que, en esencia, es eterno.

En el acto de la concepción, el hombre y la mujer se convierten en padre y madre. Son algo más que los polos entre los que existe la fuerza del sexo.

La manifestación primordial está en la fuerza materna. Para convertirse en madre, la mujer tiene el poder de la atracción sobre el hombre y es esto lo que despierta en él su facultad paterna. Si se mira desde esta perspectiva, es la madre la que inicia el acto de concebir: sin embargo, no lo hace desde su afirmación, sino desde su receptividad, atrayendo al hombre hacia sí. De la misma manera, desde nuestra receptividad atraemos al poder creativo que se precisa para transformarnos y concebir un alma. Así, primero es la madre; luego, el hombre atraído por ella, y de su unión viene un nuevo ser al mundo. Este es un ejemplo de una tríada de evolución o concentración¹². Este nuevo ser es un potencial nuevo. Algo nuevo ha entrado al mundo, con todo tipo de posibilidades para la transformación. Esto es lo que ve o siente la madre al mirar a su hijo, mientras se pregunta en qué se convertirá. La emergencia de un potencial nuevo es una de las manifestaciones características de la tercera fuerza.

Desde el punto de vista del padre, la acción es diferente. La concepción es un acto de transmisión. Es muy importante comprender que el hombre juega el papel de transmisor de la simiente y que no es el origen de esta. El poder creativo de gestación trabaja a través de él y lleva el patrón del padre al hijo, en especial si es un varón, que luego se convierte en el representante del padre que continúa su linaje, e incluso completa el trabajo de este. El padre es afirmación, y ve en la

madre, lo receptivo, un medio de satisfacer y renovar y un modo de extenderse y abrirse al futuro. Esto es una tríada de Involución o Expansión. A su vez, el niño puede convertirse en transmisor de la fuerza afirmativa, formando así una cadena de generación. Sin la tercera fuerza del niño la transmisión finaliza y entonces hablamos en verdad de un matrimonio estéril.

Ante todo está la realidad de la concepción como un acto iniciado por el niño en sí. Por lo general no podemos comprobar que el niño es quien inicia su propia procreación, ya que no podemos ver más allá de los hechos tangibles de la concepción. Sin embargo, es el niño preconcebido el que despierta en la mujer la fuerza atrayente de la madre. Robert Louis Stevenson lo describe maravillosamente en su fábula El pobrecito 13, donde el niño que será concebido se comporta de tal manera que la madre está obligada a moverse en el sentido de su concepción. En La República, de Platón, se cuenta la misma historia; en su relato de Er, el hijo muerto de Armenio regresó al mundo cuando comprendió qué se hacía para volver y el momento de elección que ello involucra.

Antes de ser concebido, el niño no existe. No es material, ni tampoco pertenece al mundo espiritual de las energías. Existe en el mundo espiritual 14, simplemente como la voluntad de ser. Es la tercera fuerza, incorpórea. No se puede comprender esto sin que los centros más elevados trabajen en nuestro interior, ya que son capaces de percibir fuera del espacio y del tiempo. Es esta condición espiritual la que nos otorga la libertad antes de existir. En la tradición musulmana se enseña que antes de nacer elegimos esta vida. Esto es un misterio que no debe aceptarse a ciegas. Sin embargo, hasta su posible verdad tiene implicaciones profundas para nosotros. Debemos intentar formarnos alguna intuición de este estado de voluntad pura, sin forma o límites, en el que se hace una elección para nacer, del que proviene el acto de despertar la facultad materna y de liberar las fuerzas gestadoras del padre. Este es un ejemplo de una tríada de Libertad.

Sin embargo, no se elige libremente dónde nacer, con qué padres y con qué herencia. Debe aceptarse una cierta limitación al entrar en la existencia a través de una combinación de un hombre y una mujer en circunstancias particulares. Cuando el esperma del padre penetra en el óvulo de la madre se escribe la carta de herencia que prevalece a través de toda la vida del niño. También existe la carta conocida como sino, el patrón que gobierna las características psíquicas y las relaciones, proveniente de las influencias planetarias que se configuran en el momento de la concepción.

Al sino se le denomina a veces herencia astral, porque se aplica al aspecto psíquico o «ser» del niño, como el carácter y la disposición, mientras que la herencia física se aplica a las características corporales y funcionales. El sino proviene del mundo espiritual y es casi tan difícil de cambiar en la vida como la herencia física, a menos que haya algún elemento de trabajo consciente.

Estas cartas se inscriben en la célula fertilizada en el útero materno a través del padre y gobiernan el desarrollo del feto, así como el patrón de hechos externos en la vida futura. Su lugar en la concepción constituye un ejemplo de la tríada del Orden, que significa que el nuevo ser no puede entrar al mundo sin atenerse a ciertas reglas, porque debe entrar a través de la acción de ese padre sobre esa madre.

Eso no es todo. Existe una ley que proviene del más allá, de Dios, la ley del destino. El destino de un niño es único para él e independiente de sus padres y pertenece a su naturaleza espiritual o voluntad. Existir significa convertirse en agente de intencionalidad, algo que carece de significado en un mundo puramente espiritual. Esta intencionalidad debe reconocerse libremente y hay que elegir obedecerla, ya que se origina en el mundo incondicionado.

Ahora pasaremos a ver qué se produce entre la madre y el padre a través del niño. La familia es una totalidad, una unidad. Esta unidad parte de la mujer, la constructora del hogar, pero es el niño quien les permite mantenerse unidos. Así,

el padre puede ser el cabeza de familia. Es curioso cómo es la madre la que inicia la acción, mientras que el padre se convierte en el cabeza de familia y puede hablar y representar a los tres en el mundo exterior. La familia de tres se convierte en una identidad en la que el padre es investido con la autoridad.

Visto desde el otro lado, cuando la iniciativa reside en el padre, vemos a la madre en el papel sometido. Ella tiene que aceptar, por el bien del hijo, las facultades especiales y el potencial que el padre es capaz de aportar; de lo contrario, la familia «no funciona». En un sentido real y positivo, la madre puede llegar a aceptar lo que el padre aporta solamente a través del niño, sin entrar así en conflicto con el cabeza de familia. Ella posee sus propias facultades y potencialidades, pero ella y el padre juntos no pueden ser dominantes en la relación. Aquí es verdaderamente el niño el factor reconciliador.

El nacimiento es precario y el recién nacido depende del entorno. Probablemente no haya otra forma de vida en la que el recién nacido sea tan dependiente como el bebé humano, pero es este mismo desamparo el que le confiere un gran poder. Al tener necesidades, no está meramente pidiendo atención sobre sí, sino forzándola. No se le puede desoir. El potencial del bebé, con todas sus posibilidades de atención, ejerce una influencia fuerte sobre las personas. Cuando nace, ya ha influenciado al mundo, y este poder de influencia dura un largo período, por veinte años, y actúa con una fuerza fuera de toda proporción con respecto a la habilidad del niño para imponerse. De hecho, podemos observar que cuanto más desamparado sea el niño —por ejemplo, un espástico—, más atrae sobre sí el amor y el servicio de aquellos que le rodean.

Echemos una nueva mirada sobre la maternidad y la paternidad. Aquí, en la vida terrenal, se manifiestan en innumerables formas, desde las plantas y los insectos hasta los vertebrados y el hombre. Queda claro que no es algo específico de las personas; pero no es tan fácil ver que estos tres roles característicos de padre, madre y niño no se limitan a la vida tal cual la conocemos. Es posible que estos roles, al ser compartidos por la mayoría de las formas de vida de este planeta, sean solo una manifestación limitada de algo que tiene una significación cósmica mucho mayor, vinculado a la manera en que funciona en el mundo la ley del tres. En ese aspecto, el papel del niño es lo suficientemente claro; es el que aparece en la necesidad, a la que ni el padre ni la madre pueden resistirse.

El significado del rol maternal ha sido siempre el de dador de vida y protección. Entonces es literalmente correcto hablar de la Madre Tierra en el sentido de que la tierra es una encarnación, una manifestación del principio pasivo, maternal, en el cosmos, ya que la vida ha sido portada y nace de la tierra, como el niño es portado y nace de su madre. Digo esto porque debemos comprender que una madre no es solo una forma especial de vida en esta tierra, sino la manifestación de un arquetipo cósmico.

De la misma manera, un padre es también una manifestación de un arquetipo cósmico; sin embargo, siempre me fue difícil comprender qué significa ser un hombre completo. Si volvemos a observar a la tierra cuando se manifiesta y se convierte en la escena del proceso cósmico, los roles sexuales aparecen en su forma más fundamental, y obtenemos una imagen vívida del arquetipo padre. Esto es bastante claro en la noción de tierra de Fechner. Él consideraba que la tierra era un ser viviente, y el nacimiento de la vida como surgiendo del matrimonio del sol y la tierra; es muy probable que estemos frente a algo más que una mera comparación. Según una teoría, las mutaciones responsables del surgimiento de nuevas especies se deben a una radiación especial proveniente del sol que contiene suficiente energía alta como para perturbar el patrón de los cromosomas, tendiendo a producir formas inviables, aunque ocasionalmente aparecen variaciones viables de patrones genéticos que gestan sin desviaciones, estabilizándose para traer nuevas especies al mundo. Si hay algo de verdad en

todo esto, sería muy interesante porque presenta una imagen del sol como representando un papel de inseminador en relación con la vida en la tierra.

Así, el principio activo debería ser el portador del poder creativo que se encuentra a sí mismo dentro del mundo; sin embargo, para un hombre parece una manifestación casi imposible. La razón de esto se vincula con nuestra naturaleza peculiar como seres humanos.

En el Maitri Upanishad se dice que en todos nosotros reside una partícula del Gran Sí-Mismo, y que esta se encuentra aislada, sin percatarse de su origen. Así, estamos destinados a la transformación y, por tanto, a estar relacionados con algo más elevado que nosotros mismos que debe «crearse en nosotros». Por tanto, en ese sentido cósmico, nadie podrá ser jamás el principio independiente, activo; sino que tiene que ser el principio dependiente, pasivo, sin importar a qué sexo pertenezca. Así, nos encontramos en esta situación peculiar: estamos atados a ser y no podemos ser otra cosa que pasivos en nuestra relación al Poder Mayor, y, sin embargo, en nuestro estado de existencia, el hombre debe llevar y manifestar el principio activo que de hecho no le pertenece. De esta forma, se espera que un hombre sea algo que no puede ser y yo creo que la mayoría de los hombres son conscientes de que hay algo extraño en sus roles. Por mucho que se lo escondan a sí mismos, son conscientes de que ocupan una posición falsa y aparentan ser algo que no pueden ser.

De hecho, esta peculiaridad de la naturaleza del hombre se demuestra en la vida práctica. La mujer, que porta el principio pasivo que es suyo, tanto en el plano existencial como en el esencial, se acomoda con naturalidad a su maternidad y al cumplimiento de su rol cósmico; sin embargo, para el hombre ser padre le es de alguna manera solo natural en parte y, por tanto, cumple su papel de forma menos natural que la mujer. Esto es así porque su rol no es, en esencia, el de paternidad, sino solo en el plano existencial, lo que da como resultado una situación comúnmente reconocida, como es el hecho de que la mujer cumple su papel en la paternidad de manera más completa que el hombre, siendo mejor madre de lo que él es padre. Vista desde esta perspectiva, la mujer es una forma de vida natural y el hombre una anormal, lo cual es muy difícil de entender.

Entonces, podemos decir que existe un significado cósmico del sexo, que es una manifestación de la ley universal del tres, que subyace a la causa de por qué las fuerzas y las energías asociadas a ella pertenecen a un poder y un orden tan elevados.

Recordar y meditar sobre el carácter cósmico de la familia tiene una influencia en nuestras vidas. Por difícil que parezca, podemos conformarnos a este patrón mayor y representar los papeles que nos han sido asignados. Alcanzar la verdad espiritual de la paternidad es liberarse de muchas ansiedades.

Ahora debemos pasar a observar lo que este patrón de paternidad puede significar en las relaciones de las personas en comunidad. La relación entre el hombre y la mujer se convierte en una totalidad íntegra cuando existe la fuerza reconciliadora del niño; es el mismo patrón por siempre cambiante. Esta es la razón por la cual la familia ha sido siempre considerada—correctamente—como la sociedad humana atomizada, que significa que no puede ser subdividida aún más sin destruir su naturaleza. Este es el aspecto esencial del sexo, pero en ello no hay nada que requiera que haya un padre y una madre en particular, y un hijo único. Puede haber padres, madres, hijos, cualquier tipo de combinación, sin destruir la relación básica de paternidad; sin embargo, la paternidad es siempre una relación única e indisoluble —más allá de otras situaciones que pueden surgir—. El padre, la madre y el hijo no pueden ser reemplazados por otros, sin que la totalidad se destruya y se convierta en algo muy diferente. Casi no existe otra relación humana que tenga esa cualidad peculiar, que sea lo que es y que nada ni nadie pueda cambiarla. No importa cuántos maridos pueda tener una mujer, cuántas

esposas pueda tener un hombre, o cuántos hijos puedan tener; siempre existirá esa misma relación única en la paternidad. Esto es la esencia.

El patrón de la raza humana se mantiene vital a través de esta relación única de paternidad, así como su capacidad de variación y progreso. Sin embargo, aunque la relación sea única, tiene el carácter de la tríada. Cualquier elemento de una tríada puede ser un elemento en otra. Aquí no hay nada que impida que una mujer tenga hijos con más de un padre, y el padre tenga hijos con más de una esposa, o que la relación se disuelva y los padres y los hijos se separen unos de otros. Nada, ni siquiera todo este fluir de relaciones humanas, toca lo esencial.

Al mismo tiempo —debido a la importancia del patrón genético, la importancia del potencial que se crea por la unión de los sexos—, el establecimiento de la paternidad requiere de algún discernimiento sobre la forma en que los patrones se relacionan entre sí. Es decir, que si debemos mantener el mejor potencial y queremos lograr la sociedad más evolucionada, entonces debe de haber una relación sexual que coincida con los patrones. En el pasado se comprendía y se practicaba, y los padres se elegían de acuerdo a los medios para reconocer lo apropiado del patrón paterno y el materno para esta relación. No solo unión sexual en el sentido de producir hijos con un potencial elevado, sino con la posibilidad de una unión lo suficientemente estable como para mantener el entorno durante el período en que estos son dependientes. Las personas que solían estudiar y conocer los medios y maneras de lograr estas uniones eran llamados astrólogos.

Esta creencia aún persiste y se practica en muchos países. En la mayoría de los asiáticos, en especial aquellos de Asia Oriental, es una costumbre casi invariable consultar a un astrólogo, o a alguien que supuestamente es capaz de reconocer si un matrimonio propuesto tiene el patrón esencial requerido. Por alguna razón que no es muy fácil de entender esto ha ido desapareciendo de la vida humana, en particular en los países occidentales. Por supuesto, es muy obvio que recurrir a un supuesto experto en discernir el patrón esencial que hace que una unión sea fructífera y estable está abierto a muchos abusos; como lo está toda posesión de un conocimiento especializado que pueda influir sobre la vida de las personas. Esta es, sin duda alguna, una de las razones por las cuales la gente ha sido cautelosa. Sin embargo, creo que se debe principalmente a la pérdida de comprensión de las leyes de sincronía 15. Ha habido una pérdida del interés en los patrones involucrados, y en la manera en que estos pueden transmitirse y fusionarse. Creo que ahora comenzamos a superar la fase en que el hombre ha estado principalmente obsesionado con la causalidad y lo que se denomina el método científico, que estudia las formas en que los hechos se suceden en el tiempo y, de alguna manera, no tiene en cuenta los patrones que funcionan de una forma no causal.

Pregunta: ¿Qué dijo Gurdjieff acerca de tener hijos?

J. G. B.: Después de escuchar la explicación del Sr. Gurdjieff sobre el rol del sexo en la eliminación psíquica, alguien preguntó: he reflexionado sobre lo que ha dicho sobre el sexo, pero no veo la conexión con la procreación.

Gurdjieff contestó: «No he dicho una sola palabra sobre la procreación. El nacimiento de los hijos es una cuestión sagrada muy grave para la cual debemos prepararnos de manera muy especial. Lo que he dicho es simplemente una indicación de una forma de ver el sexo, en la medida en que es una función que debe ser libre. No he hablado de la procreación. El hombre debe primero dejar de ser un esclavo de su función sexual antes de pensar en crear conscientemente.»

P.: Si separamos la función del sexo como regulador de las energías de la paternidad, debemos buscar los medios para impedir la paternidad. ¿Podría hablar sobre esto?

J. G. B.: «Como recordarán, ayer por la noche estuve hablando de eso. Decía cómo se vería esto en una sociedad del nuevo mundo. En la nueva era. Depende de si

aceptamos de hecho y reconocemos lo correcto de la distinción entre la primera y segunda función sexual, es decir, la función del sexo como regulador de energías y la función sexual para la reproducción. Y si fuésemos más allá reconoceríamos que la paternidad es en sí misma una cosa especialmente sagrada, una responsabilidad hacia la raza humana, y debería permitirse que la gente entrara en esta relación solo si está capacitada para ella; entonces se deduce que se deberían tomar medidas para que aquellos que no pertenecen a esta categoría no tengan hijos. En tiempos antiguos se tenía un cierto conocimiento de ello, pero puede que con el cambio de la sociedad que existe hoy día y las nuevas situaciones, tengamos a disposición otros medios que serán aceptables. Los medios actuales para prevenir la concepción son aún toscos, pero es muy probable que al estar evolucionando hacia un nuevo tipo de sociedad, estos también evolucionen y tengan menos consecuencias negativas.»

P.: ¿Qué hay de la poligamia?

J. G. B.: «Si puede ser aceptada entonces puede haber una relación que involucre a más de dos personas. Esa es la condición. Requiere más —y no menos— que la monogamia. La norma hecha por Mohammed especificaba tres condiciones de la poligamia. Primero, debe haber medios para satisfacer las necesidades de más de una familia. Segundo, debe haber suficiente virilidad para satisfacer a más de una mujer. Tercero, debe haber suficiente autoridad interior en el hombre para que lo acepte más de una mujer.

De alguna manera, estas condiciones disminuyeron la incidencia de la poligamia.»

12 Ver Apéndice II —Las Seis Formas de Io triple /triplicación— para una explicación más técnica de las seis tríadas fundamentales a las que nos referiremos aquí: evolución, involución, libertad, orden, identidad e interacción.

13 Ver, R. L. Stevenson, *Fables*. Coombe Springs Press, 1975, p. 63.

14 Los tres mundos son: el mundo de los cuerpos físicos, el mundo de los espíritus o de las energías y el mundo espiritual o el mundo de la voluntad.

15 Ver *The Dramatic Universe*. Vol. II, cap. 26.

El poder sexual es el que, en principio, atrae la energía creativa hacia el hombre. En la individualidad y en las funciones, la energía creativa puede producir percepciones más sublimes, y este tipo de actividad exterior intencional es denominado, correctamente, creativo. La apertura hacia percepciones más sublimes tiene una importancia fundamental para nuestra transformación, ya que sin ellas no podemos ver lo que es necesario. Se llega a un punto en el que el ejercicio de las prácticas aprendidas, aunque beneficiosas y necesarias para el desarrollo, no es suficiente para encontrar el camino. Si no fuera por el poco prestigio que tiene en estos días la palabra «inteligencia», este sería el término apropiado para describir lo que se requiere. La inteligencia, en este sentido, significa una unión de energías creativas y conscientes 16 y es fácil ver cómo esta cualidad se ha debilitado en nosotros a causa de la actividad sexual errónea.

Es ampliamente conocido el papel que juega el sexo en la creatividad artística. Aunque superficialmente parezca que hay una variedad asombrosa de actitudes involucradas, estas se reducen, en un caso, a la abstinencia, en el otro, aparentemente a la indulgencia. De hecho, no es verdad que haya una «sublimación» de la energía sexual en la creatividad. Esta visión ingenua supone que hay una cantidad definida de energía creativa que puede ir a uno de los dos canales. La realidad es más dinámica.

De hecho, es verdad que la abstinencia sexual puede conducir a la experiencia mística, es decir, a la conciencia de realidades suprasensibles. Esto se aplica a cualquier restricción a nuestros apetitos y cualquier trabajo que apunte al despertar de percepciones más sublimes en las personas debe involucrar algún tipo de abstinencia o límite a nuestros impulsos. De lo que se trata es de una concentración de energía sensible libre, que generalmente se gasta y se disipa. En algunos órdenes espirituales comer, hablar y dormir, así como el sexo, son severamente reprimidos.

Sin embargo, también es cierto que la práctica de la experiencia sexual puede conducir a percepciones místicas. Si estudiamos las prácticas tradicionales es obvio que tanto la abstinencia como el sexo han jugado papeles importantes en la vida mística. Desde esta perspectiva, el enfoque del Budismo tántrico y el del Cristianismo ascético son las dos caras de una misma moneda, y aun dentro del Cristianismo podemos encontrar ambos enfoques.

Este papel ambiguo del sexo proviene del poder anticondicionante que ejerce en la mente. La mente es la presencia común de las tres energías: automática, sensible y consciente. La automática es la energía del instinto y de los patrones de comportamiento; en otras palabras, es el material del hábito. La sensible nos da un contacto con el momento presente; es la propia experiencia de vida. Estas dos energías están presentes en toda la vida animal, incluyendo al hombre. Pero la energía consciente trasciende la vida. Nos da una conciencia de totalidades que sería imposible a través de la experiencia reactiva y «egoísta» que surge de las energías vitales. Esta conciencia posibilita el criterio y la elección, y tiene que ver con las facultades de la reflexión, la memoria y el lenguaje, características de la mente.

La energía automática y la consciente constituyen los límites superior e inferior de nuestra conciencia. Las energías vitales involucradas en nuestras funciones fisiológicas son en gran parte subliminales y se experimentan únicamente en el plano exterior. Las energías cósmicas superiores de la creatividad y el amor son supra-conscientes y tienen lugar en el plano interior, como la incertidumbre y la «nidad» del sí-mismo 17.

Hay que comprender hasta donde las condiciones de la energía sensible gobiernan nuestras percepciones. Esta energía constituye la «pantalla de la mente». En ella aparecen percepciones del mundo exterior e interior, incluyendo imágenes que

surgen en forma espontánea desde una fuente que trasciende la mente. En el estado normal, la sensibilidad está condicionada, limitada a los patrones del automatismo. Puede ser muy perceptiva en una dirección especializada, por medio de un entrenamiento profesional y una práctica en un campo en particular; sin embargo, esto se da con mayor frecuencia en el ámbito de la respuesta a hechos exteriores, como si fuésemos un receptor bien afinado. Para que la sensibilidad reciba impresiones que sean genuinamente nuevas, precisa estar descondicionada.

El acto sexual tiene un papel muy importante en esto. La sensibilidad se libera si se la experimenta en esencia. Si no existe esa experiencia de esencia, entonces se pierde el beneficio en emociones espúreas y arrogancia.

El acto sexual produce una interacción poderosa entre las energías creativas y automática que algunas veces se puede experimentar directamente como un shock en el cerebro. Esta conexión no se restringe al acto sexual, aunque esta es la forma dominante en la que se manifiesta a todos. La conexión cambia la relación entre las energías sensible y consciente. A veces, hay una intensificación de la conciencia; otras, un olvido especial, dependiendo del estado de organización interna, o fortaleza mental.

El poder sexual en el hombre no se restringe al acto sexual en sí. En todo momento, existe una especie de campo de fuerza entre el hombre y la mujer y una búsqueda o atracción que es responsable en gran parte del dinamismo de las relaciones humanas. El centro sexual tiene sus propias percepciones y la más importante de ellas está en la capacidad de conocer en forma directa la realidad de otras mentes. Por ello la energía sexual es fundamental en el desarrollo de la conciencia grupal, y podemos observar las cosas extraordinarias que suceden en los encuentros de personas reunidas en una atmósfera sexual, a través de experiencias musicales poderosas.

Cuando la gente toma conciencia de la presencia de la energía sexual donde no está restringida a las experiencias subjetivas del acto sexual en sí, puede abrirse más al mundo interior, en el cual las personas están genuinamente en contacto unas con otras y no separadas. Es la contrapartida natural a la «comunidad de los santos» sobrenatural.

Existe una interacción entre la actividad sexual que vincula la creatividad y el automatismo y la actividad del trabajo consciente, que vincula la conciencia y la sensibilidad. Las dos acciones son independientes aunque tengan una influencia mutua poderosa. Es allí donde es posible encontrar un significado para la noción del uso de la energía sexual, a la par que se admite que la fuente creativa es impredecible en sus manifestaciones.

La clave está en el desarrollo de percepciones más agudas en las que intervienen las energías cósmicas de la conciencia y la creatividad. En su sistema, Gurdjieff solía hablar del «centro emocional superior» como el que nos permitía conocernos verdaderamente a nosotros mismos de «una ojeada», por así decirlo. Para ello, la energía creativa debe penetrar en la mente, ya que solo esta energía está lo suficientemente «por delante» de donde nos encontramos, para revelarnos a nosotros mismos.

La energía sexual nos es dada para la transformación de las energías de nuestros alimentos —alimento común, aire e impresiones— permitiéndoles evolucionar. La energía sexual nos produce la mayor parte de la *piandjoëhary* o energía de la imaginación. La energía creativa del sexo, al fusionarse con la totalidad de las energías automática y sensible, se convierte en esta energía especial 18, que es la utilizada en todo trabajo creativo. Si no se la emplea como imaginación creativa, esta energía involuciona, es decir, se degrada y entra a los centros comunes. Eventualmente, involuciona hasta el nivel vital, donde produce todo tipo de enfermedades y disturbios en la vida. Se necesita una actividad sexual normal para contrarrestar estos efectos. Así, el hombre que no es creativo está encerrado

en el círculo del sexo. Puede mantener un equilibrio psíquico, pero las posibilidades que le da el sexo se desperdician, degenerándose y dispersándose.

Cuando la energía sexual es dirigida por la *piandjoëhary* hacia los centros comunes otorga facultades extraordinarias. Esto es lo que Gurdjieff denominó el «Gran Acumulador» y puede producirse tanto en forma accidental como consciente.

La energía de la imaginación, o *piandjoëhary*, nos permite hacer cosas extraordinarias. Es la clave para la verdadera toma de decisión. Nos permite visualizar lo que ocurrirá. Es la clave del «hacer». Para aquellos que no han establecido el segundo cuerpo o cuerpo Kesdiano 19, el control de la imaginación requiere una vida sexual normal o algún tipo de trabajo interior que pueda actuar como sustituto. La mayoría de las personas no sienten un impulso de perfeccionamiento del sí-mismo lo suficientemente importante como para permitirles practicar un trabajo interior adecuado y, por lo tanto, para ellas es un imperativo llevar una vida sexual normal.

Para la transformación de la conciencia en creatividad necesitamos la energía unitiva del amor. La energía unitiva está en todas partes, pero nosotros carecemos de aparato alguno que transporte esta energía, como sí lo tenemos, por ejemplo, para la energía creativa en nuestra naturaleza sexual. Cuando entra en nosotros es verdaderamente un acto de gracia.

Visto desde esta perspectiva, el sexo en el hombre es la base de su transformación, aquello que la hace posible, aunque no es el camino en sí.

La energía creativa entra en la naturaleza sexual del hombre y la mujer y produce percepciones que son de gran importancia para nuestra vida en esta tierra.

La humanidad está saliendo de un período prolongado en el que las percepciones más vulgares —aquellas por las cuales se conocen los hechos— han sido suficientes para cubrir la mayoría de nuestras necesidades. Ahora se conoce demasiada cantidad de datos: estamos ahogados de datos y no entendemos nada. Esto es lo que se denomina la «explosión informativa». Muchas veces les he dicho que creo que el mundo está entrando en una época de transición, en la que es muy probable que se requieran nuevas formas de percepción, totalmente distintas a aquellas que estamos acostumbrados a usar. Estas nuevas formas de percepción estarán vinculadas a nuestra habilidad para cooperar con el accionar de la energía creativa.

Uno de los aspectos en que se manifiesta la energía creativa debe haberles quedado claro por lo que dije sobre los roles de la paternidad y la maternidad. Es decir, que la energía creativa no se manifiesta de la misma manera en hombres y mujeres. Ambos poseen igualmente el flujo de esta energía, pero los canales por los que fluye son de hecho, diferentes, no solo en el plano fisiológico, sino también en el psicológico. Debido a las costumbres y hábitos de pensamiento, hombres y mujeres pueden referirse a una situación de la misma manera, pero en realidad sus percepciones son bastante diferentes.

He señalado muchas veces que debemos ser cuidadosos a la hora de conferir a las palabras que utilizamos algo más que un significado provisional, exploratorio, y esto vale también aquí. Con frecuencia se dice que las mujeres «piensan de manera diferente» o son «más emocionales» o «más intuitivas» que los hombres, sin embargo, solo en raras ocasiones estas expresiones se refieren a algo más que a meras diferencias de personalidad, determinadas por el entorno. La verdadera diferencia entre las percepciones de hombres y mujeres se encuentra completamente en otro nivel, uno al que por lo común no podemos acceder.

En Budismo se habla del «ojo inmaculado de la verdad» o Dhamma Chakku, y el «ojo celestial» o Divya Chakku. El Dhamma Chakku —es decir, ver cómo es el dharma 20, o lo que está bien— es más característico de la forma de percepción interior femenina, y el «ojo celestial», se corresponde más con la masculina. Estas dos formas de percepción interior, ambas necesarias y en algunos sentidos

complementarias, son inherentes a las personas, pero debe comprenderse muy bien que no se pueden despertar correctamente en nuestro interior sin una gran cantidad de lo que Gurdjieff denominó «trabajos conscientes y sufrimientos intencionales». Asimismo, debemos ver lo importante que es la confianza para el despertar de estas percepciones, tanto la confianza en que nosotros somos capaces de percibir las, como la confianza de veracidad, una vez que comienzan a estar disponibles para nosotros. Hombres y mujeres deberían trabajar juntos en eso.

Con frecuencia la mujer tiene una intuición de la naturaleza de una situación, pero cuando intenta explicarla, se encuentra con que el hombre, por lo general, interpreta lo que ella dice en sus propios términos, ya sea tachándola de tontería o cambiando su significado. Eventualmente, la mujer se cansa tanto de que se distorsione o se deseche lo que dice que termina por no expresarlo, y existe el peligro de que pierda la confianza en la validez de dichas percepciones. Una mujer debe aprender a sostener sus convicciones cuando ha percibido algo de esta manera. En buena medida, gran parte de la habilidad para atravesar los tiempos difíciles que vendrán dependerá del coraje de las mujeres, y —como lo dió a entender Gurdjieff— será muy importante que ellas desarrollen esta forma de percepción interior para que puedan percibir el peligro que se avecina, y darse cuenta de cuándo algo puede preservarse y cuidarse, tanto materialmente como en un sentido más profundo. Si leen el libro de Gurdjieff *Todo y todas las cosas* 21, observarán que las únicas veces en que se cita el papel femenino siempre está vinculado a este tipo de percepciones. La «pitonisa-de-la-fiesta» predice al resto de los parientes de Beelzebub que habrá problemas de los que los demonios masculinos no son conscientes, y dice que deben trasladarse a un lugar específico del mundo. Nuevamente, cuando Beelzebub quiere desentrañar para sí algunas cosas del pasado, solo a través de la percepción femenina será capaz de ponerse en contacto con la verdadera naturaleza de los hechos.

La mujer debería trabajar para desarrollar esta percepción interior de cómo son las cosas, y el hombre debería aprender a escucharlas. Asimismo, debe comprenderse que cuando se despiertan las percepciones interiores de un hombre estas le permiten ver cosas que una mujer no puede percibir. La percepción masculina asume la forma de un cierto conocimiento intelectual que raramente está presente en la mujer, pero no me estoy refiriendo al intelecto común.

En términos generales, la manera en que el hombre formula sus percepciones es más accesible y aceptada por la mujer de lo que las percepciones femeninas lo son por el hombre. Pero con frecuencia, las mujeres son impacientes con los resultados de estas percepciones de los hombres. Encuentran a los hombres poco prácticos e inclusive poco realistas, porque en general estas percepciones interiores masculinas se dirigen hacia el potencial de una situación, y aun cuando perciban algo que es absolutamente real, no logran ver, sin embargo, lo que está presente en realidad. Mientras que el hombre puede no darse cuenta de lo que existe, la mujer —como sus percepciones son de lo que está sustancialmente presente— tiende a no darse cuenta de lo que se puede hacer en una situación dada. Esta es una de las razones por las que hombres y mujeres necesitan unos de los otros.

Existe el riesgo de que el hombre pierda sus percepciones en abstracciones y esté satisfecho con palabras o algún tipo de representación artificial. El hombre debe buscar una visión más amplia, y esforzarse para comprender la totalidad de las cosas, sin contentarse jamás con lo que es visible y tangible. Sin embargo, también deben ser conscientes todo el tiempo de cómo pueden ser atrapados: por un lado, perdiendo contacto con la realidad, y por el otro, por su propio amor egoísta. Los problemas que pueden surgir con la mujer son diferentes. En general, o bien no confía en sus propias percepciones o se vuelve histérica en lo que a ellas concierne. Lo que quiero decir es que se le hace intolerable que el hombre no pueda ver lo que ella ve, y sabe que no hay ninguna esperanza de hacer que el

hombre comprenda. Para evitar hacer un mal uso de su percepción, una mujer no debe dejar que la emoción, o cualquier otra cosa, la obnubile.

En todo lo que he dicho hasta ahora, he enfatizado las diferencias entre los tipos de percepciones interiores disponibles tanto para el hombre como para la mujer; sin embargo, algunas personas extraordinarias son capaces de trascender las limitaciones de sus roles sexuales hacia la perfección de una naturaleza verdaderamente humana, y sus percepciones se vuelven entonces incomprensibles para los demás. Un ejemplo que me viene a la mente es Santa Teresa de Ávila, la más importante de las santas españolas, que debido a su naturaleza equilibrada y su discernimiento, tenía una forma de actuar que confundía a los otros; los hombres, por ejemplo, encontraban en ella una mujer que era un hombre más pleno que ellos, mientras que ella era, al mismo tiempo, totalmente mujer.

P.: ¿El estar relacionado sexualmente con muchas personas es un obstáculo para estas percepciones de las que habla?

J. G. B.: «Estas percepciones no pueden desarrollarse correctamente si el hombre o la mujer son promiscuos. El acto sexual compromete a la esencia, aunque la personalidad no se percate de lo que está sucediendo en realidad. En el contacto esencial, una parte de la esencia se compromete con esa relación en particular. Cuando hay muchas relaciones sexuales, la esencia pierde su libertad; la promiscuidad conduce a la confusión interior. La apertura del ojo interior se hace mucho más difícil. Para el hombre será muy lenta, mientras que para la mujer no será muy fiable ni satisfactoria. El hombre se vuelve más torpe y vulgar, mientras que la mujer está más abierta al autoengaño y la fantasía.»

P.: ¿Pueden el hombre y la mujer ayudarse en el desarrollo de estas percepciones?

J. G. B.: «El hombre y la mujer pueden ayudarse a comprender la realidad, aun cuando no estén comprometidos sexualmente. Es muy importante para ambos aprender a escuchar al otro y tomar en serio lo que dice cada uno. Si escuchamos de verdad, en general podremos distinguir si lo que se dice es auténtico o está mezclado con el amor a sí mismo y la vanidad. El hombre y la mujer son diferentes y deben ser diferentes, y es justamente esto lo que hace que el potencial de la raza humana sea tan grande.

En las cuestiones de la paternidad, es la mujer la que ve más claramente. Ella puede decir quién es el padre apropiado para sus hijos con mucha mayor seguridad que la del hombre para decidir quién es la madre apropiada para los suyos.

La mujer también puede ver lo que es correcto en los temas que hacen referencia al "trabajo", es decir, los esfuerzos hacia la autoperfección. Esto es obvio en los relatos que tenemos de la vida de Mohammed, el último de los grandes profetas. Fue su esposa Hadija la que estuvo segura y le dio confianza para cumplir su misión, mientras que él estaba lleno de dudas e incertidumbre. Después de la revelación en el Monte Hera, todavía dudaba de sí —lo que, incidentalmente, es correcto, ya que el que no duda de sí, jamás puede llegar a ser nada—, por lo que alguien más tuvo que decir: "Sí, tú tienes que cumplir este papel». Una vez, Mohammed incluso escapó de La Meca y se refugió en Etiopía, tan inseguro estaba de su misión. ¡Qué diferente fue Hadija, que nunca dudó!

Esta fuerza de convicción y esta firmeza es la esencia constitutiva de la mujer. No olvido cuánto me ha ayudado mi esposa. Mientras yo estaba lleno de dudas y vacilaba acerca de una línea de acción, ella no se desviaba nunca una vez que había visto lo que era correcto.»

P.: Ha hablado sobre el aspecto femenino, ¿cuál es la contribución del hombre?

J. G. B.: «En la relación entre el hombre y la mujer, es el hombre quien desempeña el papel de ver lo potencial. Por ejemplo, el hombre debe ver si es correcto o propicio para ambos abandonar un país e irse a vivir a otro.

En la relación entre el hombre y la mujer, existen ciertas percepciones que están cerradas a ambos a menos que estén unidos. Solo pueden reunirse en las estructuras más sublimes dentro de ellos, que están libres de los condicionamientos del organismo físico. La interpenetración de estas partes más sublimes crea algo capaz de comprender la integridad del mundo.»

16 J. G. Bennett, *The Dramatic Universe*. Vol IV, p. 95. Esta unión produce una fusión entre la voluntad y el conocimiento objetivo.

17 Ver Apéndice I — Cuadro de Energías.

18 *All and Everything*, p 751

19 El segundo cuerpo es probablemente una organización de la energía sensible en el hombre, hasta el punto de la independencia del funcionamiento del cuerpo físico.

20 La palabra «dharma» tiene un significado muy rico, pero podemos utilizarla para referirnos a la «configuración correcta para una situación» o la «ley de Dios».

21 Ver *All and Everything*, pp. 178, 302 y 518.

EL MATRIMONIO

Cuando el sexo llegó al mundo, su compañera inseparable fue la muerte. Estos dos mellizos poderosos nos gobiernan, aunque solo mientras nos encontramos vivos. Aquello en nosotros que trasciende la vida tiene otro destino.

La energía sexual nos permite cambiar nuestro ser. La acción por la que «hacemos de nosotros más de lo que somos» se llama «transformación» y el sexo es necesario para nuestra transformación, aunque es posible que jamás intervengamos en el acto sexual en sí. El sexo nos da un acceso a la creatividad como no lo hace ninguna otra cosa, y nuestra autocreación está por encima del acto creativo. Así, el sexo es la clave de la inmortalidad.

En una ocasión, Gurdjieff dijo: «feliz es aquél que sabe cómo utilizar su *exioëhary* 21 para la transformación de su ser; desafortunado el que la utiliza solo con un propósito». Entonces, cuando la gente preguntó acerca de la prohibición del acto sexual en algunas religiones, Gurdjieff respondió: «...originalmente se conocían los usos de estas sustancias, y esa es la razón de la castidad de los monjes. Ahora hemos olvidado todo este conocimiento y todo lo que queda son las prohibiciones que hacen que —como consecuencia— los monjes sufran todo tipo de enfermedades.»

La energía sexual juega un papel importante en la producción de un cuerpo más sutil o «espíritu», a partir de las experimentaciones, las acciones y los sufrimientos de nuestra existencia física; un cuerpo libre de los confines del cuerpo terrenal. Esto es la inmortalidad dentro de ciertos límites; sin embargo, seguimos siendo seres incompletos.

A través de la relación sexual, es posible que se produzca la unificación del hombre y la mujer en sus cuerpos más sutiles o interiores. En la Biblia, cuando se dice: «y serán una sola carne», esto se refiere a la carne del cuerpo espiritual. La palabra carne no es exactamente errónea, ya que se puede considerar al cuerpo interior o espiritual como similar al cuerpo físico en imagen. Esta es una unión del ser y posibilita que el hombre y la mujer se comprendan uno al otro y compartan las mismas percepciones. Pero el hombre y la mujer permanecen separados en el plano espiritual, es decir, en sus voluntades, ya que aún toman decisiones a su manera. La naturaleza del hombre y la de la mujer pueden ser una solo cuando hay una unión de voluntades. Se produce una fusión en la que la distinción aun existe, pero se trasciende, por lo que cada uno tiene la naturaleza del otro, así como la suya propia. La fusión por naturalezas es una nueva creación. Es el alma verdadera del hombre, a través de la cual puede cumplir su destino y liberarse de la condición de perecer en el tiempo y el espacio.

Para alcanzar metas cósmicas muy elevadas es necesario que una cierta proporción de la humanidad adquiera almas y se convierta en portadoras de un modelo sobrenatural superior que es organizador y formativo, y que servirá tanto para el mantenimiento del proceso evolutivo en la vida como para el regreso de la raza humana a sus orígenes.

El alma inmortal del hombre, de la que habló Gurdjieff en *Todo y todas las cosas*, refiriéndose a ella como «el cuerpo existencial superior», no es ni femenina ni masculina. Es muy diferente en especie a las partes divididas de nuestra naturaleza y la formación normal del alma en el hombre se realiza a través de la unión de los sexos. Algunos grandes maestros, como por ejemplo Muhyiddin Ibn Arabi, dicen que es a través de la unión del hombre y la mujer como el alma se prepara para el amor universal, y que el amor de Dios comienza con el amor del hombre y la mujer. No obstante, cuando dice esto, deja muy en claro que él se refiere a la unión de voluntades. Esta unión es lo que se llama correctamente «matrimonio», y el dicho que expresa que el matrimonio verdadero es un hecho excepcional en la vida humana es duro, pero real. Este solo acontece en los casos en que existe un potencial para un tipo especial de servicio. Solo cuando se ha

entrado en esta unión se comprende y experimenta el profundo significado del sexo. Entonces es posible verlo como algo global, que forma una totalidad, desde el acto de unión carnal, física de los cuerpos del hombre y la mujer, hasta todos los estadios diferentes. Este es el verdadero misterio del sexo, que posee una energía que trasciende la naturaleza y que es el medio por el cual el hombre puede entrar al mundo espiritual.

Probablemente, la mejor terminología que haya para las posibilidades de trascendencia que nos abre el sexo es la que en el Sufismo hace referencia a las «moradas», aunque aquí es preciso recordar que cualquier lenguaje tiene como mucho un valor indicativo, ya que nuestra naturaleza espiritual está inevitablemente más allá del alcance de nuestras facultades comunes. En el Sufismo, y refiriéndonos específicamente a las enseñanzas del Khwagagan, para los Maestros de la Sabiduría, más que en cualquier otra rama del Sufismo, los grados de unión se conciben como tres moradas, *beit*, o viviendas del hombre. Se puede decir que estas se encuentran en el corazón del hombre, en la profundidad de su propia naturaleza del sentir, que está oculta del alcance de las emociones comunes. La primera morada se denomina el *Beit-ul-Muharem*. *Muharem* significa privado, interior, oculto, y proviene de la misma raíz que *harem*, que es el lugar oculto de la casa al que no pueden entrar los extraños. Como ya he dicho, nuestra naturaleza está incompleta. Para hacerla completa precisamos de la unión con el otro sexo. La verdadera unión, que es más que un hecho en el mundo físico —el matrimonio en el verdadero sentido de la palabra— es un acto de voluntad, una decisión del hombre y la mujer que consiste en la aceptación mutua del otro. El *Beit-ul-Muharem* es el lugar en donde el hombre y la mujer se juntan en esta unión, que es la verdadera meta de la vida sexual.

Solo mediante la aceptación incondicional del otro alcanzamos la totalidad del matrimonio. Cuando existe cualquier tipo de reserva o condicionamiento, y se dice: «me pondré en segundo lugar en todo, excepto en esto, donde soy mejor o sé más», la aceptación se hace imposible. La aceptación completa no significa subordinación, ni tampoco pasar por alto las debilidades o defectos del otro. Si lo hiciéramos, no sería aceptación: debemos aceptar con los ojos abiertos. Esta aceptación es una verdadera disciplina y, como voluntad que es de una manifestación, solo se logra en forma gradual. Cuando la gente me viene a hablar y me pregunta sobre el matrimonio, simplemente les digo que si desean que su matrimonio se convierta en una unión espiritual, deben estar siempre dispuestos a poner al otro en primer término y a sí mismos en segundo lugar; si no se practica esto en forma constante, no alcanzarán el *Beit-ul-Muharem*.

En realidad, resulta extraordinario que en la organización de la naturaleza humana y en el proceso de su evolución, esta unión espiritual sea posible a través de la misma relación entre el hombre y la mujer que se requiere para la preservación de nuestra raza en el tiempo, ya que la unión espiritual es muy diferente a la unión cuya única finalidad es la reproducción. Es posible que ocurra sin necesidad alguna del acto sexual, y aunque lo normal sea que sí se lleve a cabo a través del acto sexual, no es ni siquiera esencial que el compañero en esta unión sea un ser viviente. Existe algo llamado la unión mística o matrimonio místico que tiene el mismo efecto, aunque se debe comprender que esta unión mística es aún más excepcional que el propio matrimonio verdadero, y que puede ocurrir en circunstancias especiales y como resultado de una necesidad específica.

A pesar de la diferencia entre la unión procreadora y la espiritual, puede suceder que, como resultado de la primera, caigamos en la cuenta de que la otra persona es la pareja correcta para esta unión más profunda. En general, sucede de tal manera que la comprensión proviene del lado de la mujer más que del hombre. Las razones de ello se vinculan al hecho de que la mujer reconoce quién es el hombre apropiado para ser el padre de sus hijos. Sin embargo, si este darse cuenta conduce a una forma más profunda de unión, entonces debe ser algo recíproco,

debe convertirse en la base de una empresa compartida, un compromiso conjunto para alcanzar esta aceptación mutua. Posteriormente, cuando se enfoca cada aspecto de la relación, sea grande o pequeño, desde la perspectiva de lo necesario para ayudar a llevar a cabo esta aceptación, puede comenzar a formarse, a emerger una voluntad única, a pesar de las diferencias en las facultades comunes del pensamiento, el sentir y la sensibilidad.

Para que todo esto suceda, debe haber una subordinación del egoísmo. Para alcanzar el estado en el que es posible esta aceptación del otro debe haber una tercera fuerza presente. He escuchado a los sacerdotes expresar esto cuando una pareja se casa: «vienen a casarse como dos, pero ahora son tres, porque Cristo es el tercero, y ahora son tres con Cristo, y a través de Él pueden ser uno». Si no nos gusta este lenguaje —porque de alguna manera sentimos que se ha envilecido—, entonces, utilizando nuestro lenguaje, hablamos de la tercera fuerza necesaria para esta unión como «el Trabajo».

Esto es difícil de comprender. Podemos percatarnos de las diferencias visibles en una pareja, del tipo de conflictos que pueden surgir en una relación externa. Cuando nuestro trabajo sobre nosotros mismos logra un cierto impulso, hasta podemos llegar a percibir las diferencias de tipo psíquicas de las que hablé cuando me referí a las percepciones interiores. Sin embargo, en un lugar todavía más profundo —y más allá de todo lo que nosotros mismos podemos experimentar, de la forma en que estamos acostumbrados a utilizar esta palabra— aún existen fuerzas en conflicto que funcionan entre el hombre y la mujer que no pueden reconciliarse mientras no pertenezcan a una sola voluntad. Creo firmemente que es, de hecho, imposible formar un matrimonio en el verdadero sentido sin el Trabajo, ya que solo el Trabajo puede servir para reconciliar estas fuerzas conflictivas profundas. No es que las fuerzas en conflicto desaparezcan. Más bien se reconcilian, de tal manera que las tres se convierten en una, y, de hecho, el Trabajo se encarna en ellas. Cuando este camino posibilita una aceptación del otro, llega un determinado momento en la evolución de la vida sexual en que esta unidad interior de voluntades es inequívoca, y resulta claro que no existe dominación de uno sobre el otro y que sus decisiones son idénticas. Por ejemplo, los miembros de una pareja de estas características pueden percatarse de que su pensamiento con frecuencia coincide, o bien que sus percepciones se han ensanchado hasta el punto en que cuando miran algo, se dan cuenta de que han visto la misma cosa. No obstante, lo más importante es la certidumbre de que son capaces —y, de hecho, lo hacen— de aceptar la totalidad de la relación, y que, en forma muy simple, cada uno es absolutamente libre, aunque al mismo tiempo hay una unión completa de los dos en uno. La conciencia de que no hay demandas ni posesión, y el darse cuenta de que existe una identidad de voluntades son evidencias de que se ha abierto el *Beit-ul-Muharem*.

Se alcanza una etapa aún más avanzada en esta evolución interior de la vida sexual cuando el hombre y la mujer —habiendo creado en sí mismos la «capacidad-de-ser»— pasan del *Beit-ul-Muharem* al *Beit-ul-Mukades*, en un nuevo acto de aceptación. En este lugar pueden entrar los otros. Es más que una morada privada. La palabra *Mukades* significa sagrado y cuando un hombre y una mujer han entrado allí, se han convertido en algo totalmente diferente a todo lo que conocemos comúnmente. En el Budismo, por ejemplo, el que ha entrado en esta morada es descrito como el *bodhisattva*.

Una vez que se han trascendido a sí mismos, el hombre y la mujer pueden pasar a una aceptación de la raza humana que Gurdjieff describió como «amor imparcial», en el que todas las personas son aceptadas interiormente tal como se aceptaron uno a otro en el *Beit-ul-Muharem*.

Cuando consideramos la unión del hombre y la mujer hay un solo hilo en todo. Este es la aceptación. No debemos ser tímidos frente al sexo y pensar que la única realidad que tiene algún sentido es la unión última, en la que se lleva a cabo el

aspecto sagrado del sexo. Aun sin lo que yo llamo la aceptación absoluta, puede haber una aceptación transitoria, un momento en el que el hombre y la mujer no guardan reservas conscientes hacia el otro, entregándose por completo. Si es solo transitoria, permanece como un recuerdo que hace que la gente intente conseguirlo nuevamente, cosa que no puede hacer, ya que la energía creativa no se encuentra a nuestras órdenes.

Puede haber una atracción muy fuerte, incluso amor, entre el hombre y la mujer; sin embargo, en su interior, en su conciencia, se percatan de que no hay una aceptación total y sin reservas. Nada que esté por debajo de la aceptación absoluta podrá experimentar el potencial extraordinario de nuestra naturaleza humana. Se requiere sacrificio, no el sacrificio superficial de los intereses o inclinaciones personales, sino el sacrificio de uno mismo y la intención de no ser uno mismo, sino ser nosotros mismos.

Es muy penoso el hecho de que las personas capaces de conseguir este tipo de matrimonio pierdan la oportunidad porque no saben lo que se precisa, cuál es el secreto. El matrimonio es un paso muy importante en nuestra transformación, pero si un hombre y una mujer pueden lograr una aceptación mutua, total, entonces estarán muy próximos a ser capaces de aceptar a todas las otras personas también. Por eso se dice que el amor parcial no puede existir: si alguien ama de verdad, entonces ama a todos y a todo. Aquellos que entran al matrimonio a través de este único acto hacen un gran servicio a la humanidad.

La aceptación transitoria es una muestra de lo que es posible. Ya sabemos cómo se derrama el amor y se ama todo lo que se ve; por un momento, el egoísmo no existe. Para que eso sea permanente, debe seguirse un camino largo y arduo. Debemos humillarnos en nuestro interior para admitir el amor superior que lo hace posible.

Para comprender que la condición de la unión es espiritual, debemos invertir nuestra perspectiva común de la realidad. En la visión corriente, la realidad sustancial a la que tenemos acceso es la de nuestros cuerpos, dentro de los cuales podemos llegar a experimentar un «mundo interior» de energías. Luego, de alguna manera, más allá de esto, se cree que yace un mundo espiritual de voluntades y principios. Pero la verdad es todo lo contrario. Nuestra realidad no consiste en tener este cuerpo, ni siquiera este ser o naturaleza, sino en que somos la encarnación del principio del mundo espiritual o tercer mundo. Este mundo es el mundo de los nombres de Dios, *esmá*, como lo llama Ibn Arabi.

El hombre está hecho a «imagen de Dios» porque los principios espirituales se expresan en él. El principio trivalente de un acto completo de la voluntad, o la tríada, se refleja en nuestra naturaleza. El hombre tiene tres cerebros primarios, cada uno de los cuales transmite uno de los tres impulsos. En la relación entre esposo y esposa, el hombre y la mujer pueden realizar sus roles afirmativo y receptivo debido a la existencia del Trabajo para reconciliarlos. Aquí el Trabajo es aquella acción que ha sido dada al hombre para permitirle cooperar con los poderes superiores.

La totalidad del cosmos se mueve hacia la unidad y la integración, desde un estado de dispersión hacia un estado superior de organización, a partir del cual se libera una nueva creación. En esto consiste la espiritualización de la materia y la realización del espíritu.

El hombre es una especie en evolución. No está en su naturaleza permanecer inmóvil. Como individuo, puede entrar a la corriente de espiritualización y realización y transformarse. A menos que logre esta transformación, no será más que un animal, y como tal un día dejará de existir.

La transformación del hombre no es un asunto privado, ni la transformación de la especie es el producto de una serie de individuos perfeccionados aislados el uno al otro. El hombre como totalidad se mueve hacia la unidad. En la medida en que podamos decir que existe una meta de la evolución humana, toda la raza

humana deberá convertirse en un individuo organizado con una sola experiencia total. Y nadie puede saber cuántos millones de años se necesitarán para lograrlo.

21 «*Exioëhary*» es el término utilizado por Gurdjieff para designar a la energía sexual. Es un grado más elevado que la «*piandjoëhary*». Ver *All and Everything*, pp. 791 y 806-10. (Todo y todas las cosas).

Si consideramos todo lo que se ha dicho sobre las realidades del sexo, veremos claramente que la manera en que la sociedad contemporánea regula este es bastante irreal y engañosa. Debemos esclarecer dos hechos principales. Primero, que la función primaria normativa del sexo para la mayoría de las personas no es ni la procreación ni el placer, sino la regulación de las energías psíquicas. Segundo, que el verdadero matrimonio o unión es posible solo para los pocos que son capaces y desean hacer el sacrificio del sí-mismo que ello involucra. Las estructuras de nuestra sociedad pasan completamente por alto estos hechos. Lo que propongo hacer aquí es esbozar qué estructuras deberían establecerse de forma que se correspondieran con los hechos del sexo humano.

La función sexual primordial es el acto sexual entre el hombre y la mujer que, como ya hemos dicho, regula por sí solo el flujo de energía creativa en nuestro interior, permitiendo asimismo la eliminación de las sustancias que se forman a causa de nuestras actividades psíquicas. Aquellos que durante el periodo de vigor sexual son incapaces de ejercer la función sexual normal, sufren la perturbación de todas estas energías. Por tanto, deberían tomarse medidas concernientes a los actos sexuales entre hombres y mujeres, únicamente teniendo en mente estos propósitos reguladores.

Existe lo que se denomina «relación transitoria» entre el hombre y la mujer —se podría decir, «sin un antes y un después» - ; esto es muy normal, y, simplemente, hace referencia a la regulación de energía. Creo que la tendencia hacia estas «uniones transitorias» entre los jóvenes de hoy en día son buenas y están plenamente de acuerdo con las necesidades de una sexualidad normal. En algunas sociedades se tomaban medidas para la concreción de estas relaciones transitorias; en nuestra sociedad se las proporciona por debajo de la mesa, por así decirlo, y no siempre tan por debajo. Sin embargo, es muy importante distinguir claramente entre «relaciones transitorias», tal como me he referido a ellas, y relaciones promiscuas. Estas últimas son en su mayor parte para la satisfacción de la personalidad, mientras que la unión transitoria involucra una fusión de esencias.

No comprendemos hasta qué punto los males del mundo contemporáneo se deben a las tensiones que surgen de la ignorancia sobre los patrones y la manera en que los destinos de la gente pueden ser mutuamente favorables o destructivos. Como es improbable que la ciencia de la astrología vuelva a desarrollarse —en una época era capaz de distinguir la compatibilidad de las esencias—, debemos intentar ver cuál es la transición posible del presente estado caótico de cosas hacia otro que pueda satisfacer mejor la verdadera naturaleza y el potencial del hombre. Ninguna señal exterior nos dirá qué se requiere aquí, por la simple razón de que la función sexual pertenece a la esencia. Todos tenemos el potencial de una cierta percepción interior que puede despertarse para guiar a nuestra sexualidad en la dirección que debe tomar si es que va a regular nuestras energías, a la vez que impide encuentros esenciales destructivos. Podemos utilizar las palabras de Gurdjieff «vergüenza-orgánica-de-sí» para referirnos a esta percepción, que se vincula a la actividad de la conciencia en nosotros.

Podemos imaginarnos una especie de arreglo social en el que haya una relación provisional, casi contractual, de cohabitación, la que se entiende no es matrimonio y que no contiene las medidas que se le adjudican al «matrimonio de permanencia»: indisolubilidad y exclusividad. No obstante debemos comprender que este estado de cosas solo es posible si existe un cierto compromiso de trabajo sobre uno mismo, ya que solo a través de este trabajo se pueden formar las percepciones necesarias para guiar correctamente estas relaciones. Luego, partiendo de estas relaciones transitorias, pueden surgir relaciones de esencia permanentes del tipo necesario para formar familias en

condiciones genuinamente favorables, y esto nos conduce a la siguiente función del sexo.

La procreación es la segunda función sexual y debe entenderse por separado, ya que requiere de consideraciones especiales que no están presentes en la primera. Como ya he dicho, los padres tienen una responsabilidad hacia el niño que comienza antes de su concepción y continúa hasta llegar a la edad de independencia, y en esta responsabilidad está implícita la necesidad de una relación estable y duradera.

Tradicionalmente, esta estabilidad estaba dada por la estructura social a través de todas las costumbres, leyes y reglas complejas sobre el apareamiento, sin embargo, hoy en día es cada vez más evidente que esta estabilidad impuesta desde el exterior es insatisfactoria en muchos aspectos. Para comprender la razón de todo esto, debemos darnos cuenta de qué es lo que esta relación sexual procreadora conlleva.

Nuestra inhabilidad para enfrentar la relación procreadora, aun en sus aspectos más simples y básicos, es absoluta, mientras que seguimos ignorando sus aspectos más esenciales. Parte de la importancia de la procreación puede hacerse evidente si reflexionamos sobre el hecho de que el futuro de la raza humana yace en el apareamiento del hombre y la mujer. Esto implica que, a causa de su importancia para la raza como un todo, la procreación debería estar cuidadosamente regulada. En las comunidades antiguas y tradicionales, la procreación no solo era considerada sagrada, sino que requería para su regulación de un conocimiento inaccesible a la gente común.

Los antiguos médicos-astrólogos, que verdaderamente poseían este conocimiento, comprendieron la ciencia del servicio, es decir, cómo transformar los resultados del propio sufrimiento en beneficio para los demás. Por eso, un astrólogo era capaz de hacer su trabajo no solo por la posesión de información y talento.

La paternidad es el ejemplo más obvio de lo que Gurdjieff llamó «sufrimiento intencional», es decir, sufrir en beneficio de los demás. Todos los padres saben que la única manera de representar este papel es sin esperar ninguna recompensa o simpatía, sino simplemente haciendo lo que es correcto para el niño. Es un trabajo difícil que acarrea sufrimientos, pero es una acción sumamente importante que ayuda en gran medida a nuestra transformación.

Existe una unión de esencia entre el hombre y la mujer que se ocupa no solo de la actualización del patrón generador, partiendo del patrón de gestación, sino también del patrón de la relación humana en sí y con una vida plenamente productiva entre el hombre y la mujer, en la que cada uno contribuye al enriquecimiento de la vida del otro. Las condiciones que hacen posible que un hombre y una mujer creen este tipo de unión para sí mismos son las mismas que se requieren si van a ser dignos de participar en el proceso procreador, es decir, debe existir un compromiso mutuo genuino hacia la transformación compartida. Cuando la gente viene a decirme que se va a casar, trato de dejar esto bien claro, ya que para mí es evidente. He comprobado en muchísimas ocasiones con qué poca frecuencia un matrimonio es estable en realidad no solo en lo exterior, sino también en esta meta superior compartida por el padre y la madre. Son pocos los que llegan a vivir este tipo de unión, que se da en el nivel de la esencia, y que, sin embargo, no tiene pretensiones de pertenecer al matrimonio espiritual.

En lo que respecta a la segunda función sexual, un apareamiento indiscriminado tiene como consecuencia una raza indiscriminada. Es extraño que nosotros, gente moderna, criemos casi sin discriminación, sin tener en cuenta consideraciones genéticas. Hace cien años que poseemos un enorme conocimiento sobre genética y las reglas de una procreación exitosa, normas que aplicamos con gran éxito en casi todas las especies de plantas y animales importantes para nosotros, excepto en la nuestra. Así, somos capaces de producir mejores granos, frutas, flores y animales de casi cualquier especie que se requiera, y, sin embargo, con la raza

humana en general hacemos lo contrario y, con el usual apareamiento indiscriminado de hombres y mujeres, favorecemos la proliferación de patrones genéticos menos estables y excluimos aquellos con propiedades superiores.

En un nivel más profundo, los seres humanos han demostrado que son inherentemente inestables en su interior e incapaces de un compromiso a largo plazo, necesario para la unión procreadora normal. Peor aún, son a menudo insensibles a lo que debería ser la fuerza-guía en esta relación, que surge y se manifiesta a través de la necesidad del niño; o quizá podamos decir que son sensibles, pero incorrectamente, porque no ven lo que el niño precisa objetivamente, sino que lo enfocan únicamente desde sus preconcepciones de lo que debería ser, o lo que ellos quieren que él sea. Esto se ve claramente con los niños recién nacidos; las personas construyen para ellos una personalidad imaginaria, atribuyendo a sus acciones, pensamientos y deseos, cuando lo más probable es que esta experiencia no sea ni siquiera posible aún de parte del niño en sí. En una sociedad normal, a la gente no le estaría permitido formar parte de este tipo de relación a menos que haya demostrado que es capaz de un compromiso, lo que incluye una cierta aceptación de la necesidad de trabajar sobre sí mismos para alcanzar la estabilidad y sensibilidad necesarias.

En la actualidad, parece que hay cada vez más posibilidades de impedir la concepción involuntaria sin perturbar las energías. Esto aun no se ha logrado. Los métodos anticonceptivos tienen consecuencias psicológicas y físicas indeseables, aunque es posible que surjan nuevos caminos.

Sin embargo, no hay ninguna señal de que la gente esté preparada para aceptar el tipo de disciplina que se requiere para hacer que la relación familiar estable sea algo permisible solo para quienes puedan realmente comprometerse y aceptar la disciplina vinculada con el trabajo intensivo sobre uno mismo. Una consecuencia de esto es que disminuyen las oportunidades de que nazcan niños con un potencial mayor. Esto es algo bastante serio en esta época, cuando se necesitan niños con potencial superior en mayor proporción que en otros tiempos, debido a la crisis que atraviesa el mundo, y la extrema necesidad que hay de personas con desarrollo espiritual. Esta idea se puede concebir en los términos expuestos por el Dr. Bidder, un profesor de biología en Cambridge, quien en un debate con una serie de zoólogos sobre la decadencia de la vida espiritual en Occidente, explicó que, simplemente, en cuanto a la gente espiritual, la dedicación a una vida de celibato significa que en dos mil años hemos sistemáticamente dejado de procrear en nuestra propia raza personas con potencial espiritual. Esto no significa que un niño con el potencial para poseer un alma con un destino muy elevado nazca invariablemente de una situación propicia, pero, obviamente, padres con logros espirituales reconocibles al menos tienden a tener una proporción mayor de hijos con el potencial para formar almas relativamente puras, con menos contaminación hereditaria. Este es el objetivo que se buscaba en los tiempos antiguos, cuando se recurría al servicio de los astrólogos.

En lo que respecta a la tercera función sexual, podemos ver que no juega casi ningún papel en el mundo de hoy. Hemos tomado las antiguas tradiciones y pasado por alto su relevancia para una sociedad moderna. Nuestro sistema monogámico, con un hombre y una mujer apareados permanentemente, casi no funciona en la práctica, porque hemos llegado al meollo de la verdad —que el matrimonio es una de las cosas más sagradas en la vida humana— y lo malinterpretamos, convirtiéndolo en algo totalmente degradante, al imponer a las personas un patrón de vida en el que no existe una realidad interior que le corresponda. El matrimonio, en el verdadero sentido de la palabra, es decir, la unión indisoluble entre lo masculino y lo femenino, los principios activo y pasivo, representa el pináculo mismo de la vida humana, y no se le puede exigir a aquellos que no son capaces de ello. Pegarle una etiqueta a la gente que no es capaz de portarla no solamente está mal, sino que es incluso cruel, y lo peligroso

de nuestra organización social actual es que se basa no solo en la mala interpretación de la naturaleza humana, sino también en una seria falta de comprensión de la realidad espiritual.

Si el rol regulador y procreador del sexo puede establecerse correctamente, entonces el matrimonio puede considerarse lo que realmente es. Todos comprenderían que es una fuente de bendición para toda la humanidad. La bendición es una acción objetiva en la que la facultad espiritual llega al mundo existente para renovar la fe, la esperanza y el amor. Sin esta bendición, la vida humana se vuelve insufrible. El verdadero matrimonio es la esencia misma de la unidad humana y cualquier sociedad que siquiera se aproxime al patrón espiritual de la humanidad necesita algunas de estas uniones, aunque sean solo unas pocas.

La unión del hombre y la mujer se produce con el fin de cumplir un destino común. Ambos son uno en el lugar secreto, aunque puedan ser dos en el tiempo y el espacio. Cuando este lugar se abre al amor hacia todos, todos los que se rinden al amor pueden entrar. Es la comunión de los santos, una sociedad interior que trae a la humanidad la influencia de lo que constituye en el tiempo el futuro distante de la humanidad, cuando todos estemos en comunión.

Existe una unión que trasciende esta última. En la terminología del Sufismo que hemos estado utilizando se denomina el *Beit-ul-Ma'mour* o la Morada del Señor. En esta unión, Dios entra al alma. Esto es lo mismo que decir que la realidad sobrenatural más allá de los límites del Sistema Solar está inmediatamente presente en el Matrimonio Sagrado. En tanto que la primera morada, el *Beit-ul-Muharem*, constituye una unión en el nivel de la energía consciente, y el segundo, el *Beit-ul-Mukades*, es una unión al nivel de la energía creativa, la tercera unión está al nivel de la energía del amor. La realidad sobrenatural de la tercera fuerza cósmica o reconciliadora se puede manifestar directamente.

Hace posible una acción redentora, sin las limitaciones del espacio, el tiempo y el número. Dios entra al matrimonio como el niño y la fuente de su unión. En el *Beit-ul-Ma'mour*, el hombre y la mujer han perdido la ilusión de su existencia separada; incluso han perdido por completo la ilusión de existir en todo sentido.

APÉNDICE I

CUADRO DE ENERGÍAS*

CÓSMICA

TRASCENDENTAL	Energía ulterior. Motor principal.
UNITIVA	Amor. Unión sin distinción.
CREATIVA	Espontaneidad. Vehículo de la voluntad. Energía del sexo. Supraconsciente.
CONSCIENTE	Percepción directa. Poder de elección. Conciencia de la totalidad.

VITAL

SENSIBLE	Pantalla de la mente. Conciencia de las partes. Percepción indirecta.
AUTOMÁTICA	Conducta condicionada. Instinto. Subconsciente.
VITAL	Fuerza vital. Energía de la regeneración fisiológica.
CONSTRUCTIVA	Organización de los sistemas elementales. Autorrenovación.

MATERIAL

PLÁSTICO	Cambios de forma.
COHESIVO	Rigidez en los sólidos. Tensión superficial.
DIRIGIDO	Electricidad, gravitación, etcétera.
DISPERSO	Calor. Movimiento azaroso.

Para una explicación más detallada, el lector interesado deberá leer *Energies, Material, Vital, Cosmic*, de J. G. Bennett, Coombe Springs

ANEXO APÉNDICE I

Características de las energías que son de especial importancia para el debate en este libro.

UNITIVA	<i>Absoluto</i>	Unión	Amor
CREATIVA	<i>Iluminación</i>	Individualidad	Energía sexual
CONSCIENTE	<i>Inteligencia</i>	Comprensión	Aceptación, compromiso
SENSIBLE	<i>Mentalidad</i>	Esencia	Patrón natural de vida
AUTOMÁTICA	<i>Reacciones</i>	Personalidad	Condicionante del pensamiento, la conducta y los sentimientos
VITAL	<i>Fisiología</i>	Célula germen	Deseo de vivir
CONSTRUCTIVA	<i>Crecimiento</i>	Cromosomas	Meiosis
	<i>Anatomía</i>		

APÉNDICE II

LAS SEIS FORMAS DE LA TRIPLICACIÓN

Decimos que para que algo suceda debe haber:

1. Una fuerza afirmativa o «impulsora».
2. Una fuerza receptiva o «que cede».
3. Una tercera fuerza, reconciliadora, que permite que lo activo y lo pasivo entren en una unión.

Estamos acostumbrados a creer que todo funciona como si fuesen las fuerzas afirmativas o impulsoras las que comienzan la acción. Sin embargo, si observamos un país en el cual hay un gobernante (1) y gobernados (2), no podemos sostener que todo el cambio y la acción se inicie siempre desde el gobernante. Las acciones se originan desde el pueblo, sin perder su rol pasivo. El reclamo de justicia revela un estado de dependencia. También hay acciones desde la «intelligentsia» y los líderes intermedios (3), quienes mantienen unido el sistema de gobierno. Inician reformas, ajustan el equilibrio de poderes e introducen nuevas ideas.

Así, decimos que cualquiera de estas tres fuerzas pueden iniciar una acción.

Asimismo, el resultado de una acción puede sentirse o provocarse sobre cualquiera de las dos fuerzas restantes. De esta forma, puede haber dos tipos de acción que cada una de las fuerzas puede iniciar. Al estudiarlo con detenimiento, hay sólo seis formas posibles:

1-2-3 2-1-3 3-2-1

1-3-2 2-3-1 3-1-2

en donde el primer número indica la fuerza que toma la iniciativa, y el último, aquella en la cual se manifiesta la acción.

1-2-3 Tríada de la Expansión (o Involución) (ver p. 34). La fuerza activa entra en la receptiva para producir resultados reconciliadores. Aquí se lleva a cabo una fusión en la que la fuerza activa pierde algo de su poder original, mientras gana en alcance y expresión. El resultado es que la tercera fuerza transmite el carácter modificado de la fuerza activa. Parte del potencial original se pierde en la manifestación.

El niño está hecho a imagen del padre, pero se forma en la madre.

2-1-3 Tríada de la Evolución (o Concentración) (ver pp. 33/34).

La fuerza receptiva inicia la acción por atracción. El resultado es un potencial nuevo. Es lo contrario de la involución, donde hay una pérdida de potencial. Sin la evolución todo se derrumbaría y dispersaría.

El futuro de la raza reside en la sabiduría interior de las mujeres. Aunque no puedan producir la nueva concepción, pueden elegir al padre correcto. El poder de la fuerza receptiva es harto incomprendido por la gente, y como consecuencia de ello, seguimos ciegos a las acciones renovadoras que se producen en nosotros, en nuestras relaciones y en el mundo.

3-2-1 Tríada de la Libertad (ver p. 35).

La tercera fuerza libera la fuerza afirmativa. Por eso parece como si la fuerza afirmativa fuera libre. Este impulso creativo se libera en el mundo porque debe nacer algo nuevo. La transmisión de la libertad tiene lugar a través de lo receptivo. Una fuerza afirmativa no puede otorgar, ni transmitir la libertad. La

fuerza afirmativa no puede ceder. Sólo lo pasivo puede ser un vehículo de la libertad.

El niño tiene la voluntad de nacer y habla a la sabiduría de la madre que atrae al padre a ella. El padre no es forzado a actuar. Toma consciencia de su papel. ¡Ningún niño es forzado a entrar en esta vida!

3-1-2 Triada del Orden (ver p. 36).

Como ya hemos dicho, lo afirmativo no puede transmitir libertad. Pero sí puede —y efectivamente lo hace— transmitir un patrón. Hay una huella en lo receptivo de un patrón que es el de la tercera fuerza modificada y que es portada por la fuerza afirmativa.

Esta es la triada de la «fundación» y demuestra que en el origen de las relaciones se establece un patrón (o estructura de patrones). *El niño es responsable de su propio futuro.*

1-3-2 Triada de la Interacción (ver pp. 36-37).

La fuerza afirmativa puede vincularse con la receptiva solo a través de la reconciliación. La relación de dominación o autoridad debe hacerse soportable y tener un significado: esto es posible por medio de la intervención de la tercera fuerza. En una sociedad es el grupo intermedio el que hace posible que el gobernante ejercite su poder y los gobernadores acepten su autoridad.

En la familia es el hijo el que hace que la dominación del padre sobre la madre se convierta en una relación significativa y viable. *El padre atempera sus propios impulsos y la madre sacrifica sus propias inclinaciones. Así, puede haber una dirección de actividad coherente para la vida familiar. La iniciativa está en el padre y conduce al cambio.*

2-3-1 Triada de la Identidad (ver pp. 38-39).

El impulso receptivo ejercita la iniciativa que conduce a la estabilidad y al crecimiento. *La madre quiere que la relación familiar sea más fiel a sí misma. Desarrolla en el padre la constancia para ello, le presta su fuerza y las cualidades de perseverancia y certidumbre. La transferencia de sus cualidades se hace a través del hijo y su poder de necesidad.*

Resumiendo, las seis formas de la relación familiar pueden describirse de la siguiente manera:

FORMA	CARÁCTER	MANIFESTACIÓN	CUALIDAD
1-2-3	Expansión	Paternidad	Transmisión
2-1-3	Concentración	Maternidad	Renovación
3-2-1	Libertad	Niñez	Despertar
3-1-2	Orden	Patrón	Posibilidad
1-3-2	Interacción	Cambio	Dominación
2-3-1	Identidad	Estabilidad	Protección

APÉNDICE II

Se pueden representar en el diagrama correspondiente:



En el acto total de la relación están presentes las seis formas y pueden unirse en una totalidad. En la práctica, algunas de las formas pueden ser débiles o estar distorsionadas hasta el punto de la inversión (tríadas negativas). La condición para la unión es el compromiso.

Es obvio que el diagrama es sólo un mecanismo útil; sin embargo, sugiere que existe una esfera de actividad y funcionamiento diferente, representada por el círculo exterior; una fusión de experiencias y percepciones, esquematizada por las seis líneas que se intersectan en el punto central, y una estructura de decisión o voluntad, dibujada por la figura en forma de estrella.